

Enric González

Historias de Roma



Lectulandia

Roma es una ciudad de ciudades, la ciudad eterna, que cambia y evoluciona para seguir siendo ella misma. Una urbe trepidantemente caótica y al mismo tiempo impregnada de la pausada melancolía de un pasado de piedras milenarias; una capital en la que abundan los lugares y los instantes mágicos.

Este libro no es una guía turística ni un compendio de tópicos, sino un recorrido personal por una Roma fascinante, en ocasiones secreta. En sus páginas encontrará el lector una sucesión de historias, personajes, momentos y escenarios romanos: los gatos, las pinturas del Caravaggio, la casa y la tumba del poeta Keats, la rica cocina de casquería romana, la mejor pizzería de la ciudad, el lugar en el que tomarse el mejor café del mundo, la burocracia, Alberto Sordi, la calle en la que apareció el cadáver de Aldo Moro, la historia de un marqués perverso, mirón, asesino y suicida, el periplo de un paquete que recorre medio mundo y vuelve a Roma gracias al ineficaz servicio de correos, los papas, Berlusconi y sus emisarios, una iglesia en la que nadie quiere casarse, las fórmulas de cortesía romanas, el fútbol, las mammas, las conspiraciones masónicas, el sastre de los papas, las barberías, los palazzos, las vírgenes, los santos y los milagros, la cúpula de San Pedro entre la neblina...

Lectulandia

Enric González

Historias de Roma

ePUB v1.0

Chachín 01.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Historias de Roma*

© Enric González, 2010

Editor original: Chachin (v1.0)

ePub base v2.0

1

En casa, es decir, en Palazzo Massimo, teníamos capilla. Y campanario. Eso me impresionaba. Me hacía sentir importante, como un cardenal o un torero. Cada 16 de marzo sonaban las campanas para conmemorar un milagro ocurrido tiempo atrás en el palacio. El de Palazzo Massimo, conviene subrayarlo de antemano, fue un milagro extraordinariamente sutil. El 16 de marzo de 1583, en una de las estancias, murió el joven Paolo Massimo. La familia fue a buscar a Felipe Neri, al que llamaban, con las explosivas labiales del romanesco, *Pippo bbono*, para que resucitase al chico. El futuro santo salpicó el cadáver con agua bendita e hizo sus invocaciones, hasta que el joven Paolo abrió los ojos, recobró la vida y se incorporó en el lecho. ¿Saben qué dijo el resucitado? Que muchas gracias, pero que prefería volver a morir. Y falleció otra vez. Ese milagro ambiguo, tan abierto a interpretaciones, podría ser una parábola sobre Roma: viva y muerta, esforzada e indolente, teatral e indescifrable.

San Felipe Neri, natural de Florencia pero afincado en Roma, estaba bastante especializado en prodigios extraños. Una de sus hazañas más célebres ocurrió en 1544, cuando tenía treinta años. Rezaba a Dios para que le concediera un gran corazón y Dios le concedió un corazón enorme. Según la tradición, el corazón de san Felipe se hizo tan grande que se le rompieron las costillas. Uno se pregunta qué tipo de relación mantenían exactamente Dios y san Felipe Neri.

El lector puede preguntarse también qué hacíamos en Palazzo Massimo. Mi mujer, Lola, solía hacerlo. ¿Qué hacemos en Palazzo Massimo? Mejor lo cuento desde el principio.

El principio, evidentemente, es remoto. Dicen que Roma fue fundada el 21 de abril de 753 antes de Cristo. La fecha es tan buena como cualquier otra: si no fue ése el año, sí fue por esa época. Ya conocen la leyenda de Rómulo, Remo y la loba; no creo que haga falta repetirla. Hubo que inventarla porque, a diferencia de otras capitales del occidente europeo, nacidas como campamentos militares romanos, la Urbe ignora sus propios orígenes.

En el principio hubo una tribu latina especialmente belicosa y organizada, lo bastante como para apropiarse de un lugar excelente: un grupo de colinas suaves con varios manantiales, situadas junto a un río navegable hasta el mar.

El lugar debía ser bien conocido por otros pueblos de la península, porque parece probable que el nombre de Roma derive del etrusco *rumon*, que significa «río», o del osco *ruma*, que significa «colina». Los etruscos vivían más al norte, los oscos hacia el este y el sur, y tanto unos como otros gozaban, en la tardía edad de hierro europea, de una civilización más sofisticada que la latina.

Roma fue un éxito inmediato. Los latinos convertidos en romanos sobrepasaron

rápidamente a sus vecinos, gracias a su flexibilidad y a su capacidad para integrar gente e ideas foráneas. Si hubo en la Antigüedad un pueblo relativista y propenso al mestizaje, ése fue el romano. Según la leyenda, el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, pertenecía a la tribu osca de los sabinos. La mezcla con los otros pueblos de la península fue constante. Nadie vio inconveniente en copiar todo lo posible de los griegos, que mercadeaban por allí desde hacía tiempo, ni en importar divinidades foráneas. La relación relajada y pactista con lo divino sigue siendo una característica de la ciudad, y no es descabellado sospechar que ha acabado permeando el catolicismo.

No me extenderé en los asuntos arqueológicos. Quizá hablaremos de ellos de vez en cuando, porque abundan en la ciudad los vestigios de piedra. Impresionan como los esqueletos de dinosaurio, y conviene mirarlos como si lo fueran. Tal vez hayan visto en Londres o en Berlín los restos fosilizados de un *archaeopteryx*, el pequeño saurio jurásico alado y con plumas, considerado uno de los eslabones entre los dinosaurios y su resultado evolutivo, las aves. Algo así es, por ejemplo, la iglesia de Santa María en el Trastevere: un eslabón entre el Imperio romano y su resultado evolutivo, el imperio de la Iglesia católica. En cierto sentido, la Roma imperial no se extinguió: se transformó en otra cosa que aún vive. Miren el Coliseo, por ejemplo. Podría estar entero, porque nunca sufrió una guerra ni un terremoto. Las piedras que faltan, y su cobertura de mármol, fueron utilizadas para otras construcciones, como la de San Juan de Letrán, catedral de la ciudad. Casi nada se ha perdido. Lo que vemos es el fruto de una lenta transformación de la materia. Otras ciudades se reinventan. Roma, no. Roma mantiene una relación estrictamente pasiva con el tiempo.

Tras la caída del Imperio romano, los sucesivos saqueos, las epidemias y el traslado del poder político hacia las capitales bárbaras del norte, Milán y Rávena, convirtieron la Urbe en una ciudad fantasma. Quedaron un pequeño asentamiento en el Trastevere y algunos grupos de pastores sobre las siete colinas. Y quedó el cristianismo, que pasó sus primeros siglos maldiciendo Roma, la «nueva Babilonia», y luego, tras la caída del imperio, comprobó que era insustituible y copió tanto su organización como su espíritu.

Si quieren entender algo de la Roma de hoy, y la tarea, les prevengo, es ardua, recuerden que esta ciudad la hicieron los papas. Recuerden que en 1870, el año en que nació Lenin, comenzó a construirse el puente de Brooklyn y Rockefeller fundó la Standard Oil, el papa era aún rey absoluto de Roma, y no existía en la ciudad otra ley que la ley de la religión católica, apostólica y romana. Teocracia pura.

No le importará al lector, espero, que empecemos a saltar desde las antigüedades más solemnes a las actualidades más prosaicas. Así andaremos todo el rato.

Debería contar cómo llegué a Roma. El asunto carece de relevancia, pero, dado que estas páginas son un paseo personal por la ciudad y por mis recuerdos de ella, no

resulta del todo inapropiado. Quien haya sufrido anteriormente mis digresiones sobre Londres y Nueva York y, pese a ello, reincida con este librito sobre Roma, sabe ya a qué se expone; a quien no sepa dónde se ha metido, ánimo: la última página está a un par de cabezadas de distancia.

Llegué a Roma desde Washington, que se me hizo pesado. No por la ciudad, aunque maldije más de una vez los bosques, el calor y las nevadas, y ahora pienso que tenían su gracia. Tampoco por la gente: conocí a personas estupendas, como Javier del Pino, corresponsal de la SER, y Sonia, su esposa, padres de dos niñas preciosas. Quien sólo conoce a Javier de escucharle por la radio sabe que es muy buen periodista, pero no sabe lo formidable que es el tipo. Si la existencia fuera un bufé libre, no me importaría seguir de por vida jugando al billar con Javier, y perdiendo.

No, lo pesado fue el trabajo, oficinesco e insatisfactorio. Era la época de las grandes mentiras sobre Irak, y a mí me tocó contar varias de ellas. Por razones que prefiero no entender, la autoridad competente de mi periódico (como, por otra parte, todo el resto de la prensa española) sentía la necesidad compulsiva de mantener el mismo rumbo informativo que *The New York Times*, aunque un día después. Mi labor, en muchas ocasiones, era la de simple amanuense. Enviaba a Madrid crónicas rebosantes de «informa *The New York Times*», «señala el diario neoyorquino» y «según el citado periódico».

No resultaba descabellado sospechar que *The New York Times* era parte interesada, porque en ese momento la inmensa mayoría de los medios estadounidenses ejercían de palmeros de la invasión. Los atentados del 11 de septiembre habían generado un belicismo extraordinario y la guerra, como se sabe, ayuda a vender periódicos. Las informaciones que firmaban redactores como Judith Miller (posteriormente despedida) mantenían un contacto muy tenue con la realidad: insistían en las armas de destrucción masiva, en las virtudes salvíficas de las invasiones, en que aquello iba a ser un paseo militar entre vítores de los iraquíes y en que Irak iba a convertirse en una democracia ejemplar. Años más tarde, con el destrozo consumado, *The New York Times* hizo una autocrítica pública. La prensa española, en cambio, no. ¿Para qué? Siempre precisamos que aquello que dábamos a toda página, con titulares tremebundos, lo copiábamos de otros. Nosotros fuimos inocentes. Nuestros editoriales siempre se posicionaron contra la guerra. Ya ven.

Contaba los días para que expirara mi contrato de delegado en Washington. Y al fin llegó junio de 2003, con su fecha de vencimiento. El director me propuso varias vías de escape. Una llevaba a Pekín. Otra, a Buenos Aires. Una tercera, a Roma. Pedí un poco de tiempo para pensarlo, porque Pekín resultaba, sin ninguna duda, la opción profesional más atractiva, pero me dolía rechazar Buenos Aires. Una de esas noches, a la hora del martini en la veranda (Washington tenía sus detalles), mi mujer aclaró

las cosas. Propuso que interrumpiera por un momento mis delirios entusiásticos sobre los Juegos Olímpicos de Pekín, los derbis River-Boca y demás eventos históricos, y que pensáramos en cosas más simples: dónde queríamos vivir, cómo me apetecía trabajar, qué me interesaba aprender.

Cada uno es libre de dar a su vida el sentido que le apetece. Para mí, la vida es educación: un proceso de aprendizaje. No hablo de alcanzar algún tipo de sabiduría, no fastidiamos, sino de enterarse, dentro de lo posible, de cómo funciona el mundo y, en un sentido más pedestre, de parchear un poco la incompetencia congénita. Será que quiero llegar a la muerte con conocimiento de causa. Por eso me gusta cambiar en el trabajo: cuando sé hacer una cosa, empiezo a aburrirme y necesito ponerme a otra más o menos nueva y más o menos desconocida. No me importa equivocarme; de hecho, lo hago con una frecuencia que mis jefes consideran preocupante. Lo que llevo mal es la monotonía y el futuro previsible.

¿Qué me interesaba aprender? Cosas muy vagas. ¿Se pueden aprender la humanidad, la belleza, el tiempo? No, no creo. Pero si hay un lugar para intentarlo, ese lugar es Roma.

Y el 1 de septiembre de 2003 volamos desde Washington a Roma.

Lo primero, en cualquier parte, es el idioma. Oh, el italiano es muy fácil, se pilla enseguida, dirá el lector. Le doy la razón, con reservas, si el objetivo se limita a pedir una *puttanessa* en el restaurante. Más allá, la ignorancia de la lengua italiana entraña enormes peligros. No hay nada más proceloso que deducir una lengua que se desconoce, pero resulta familiar. Ya saben, los temibles «falsos amigos», las palabras que suenan como las propias y, sin embargo, tienen un significado muy distinto.

A modo de advertencia, reseñaré dos casos, ocurridos ambos a sendos sacerdotes.

En el primero, un joven cura español recién llegado a Roma desea comprar un cacharro para la pequeña cocinilla de su residencia. Necesita, concretamente, un cazo de buen tamaño. Acude a una ferretería y lo pide en lo que deduce como versión italiana, esto es, pide un «*cazzo grosso*». En la tienda aún se ríen cuando recuerdan el día en que apareció un cura y, plantado ante el mostrador, exigió un cipote de gran tamaño.

En el segundo caso, otro sacerdote, catalanoparlante, se siente mal y acude a un centro hospitalario. En urgencias le preguntan qué le pasa, y el hombre traduce mentalmente. Está mareado y deduce que el mareado castellano y el *marejat* catalán confluirán en algo así como *mareggiato*. «*Sono mareggiato*», informa. *Mareggiato* no significa nada, pero *amareggiato*, sí. Significa algo así como amargado o resentido. No recomiendo a nadie que se presente en un hospital para confesar sus resentimientos: existe un riesgo cierto de acabar bajo observación psiquiátrica.

Queda claro, por tanto: lo primero es el idioma.

Un viejo amigo de París, Fernando Linares, que había trabajado como

corresponsal en Roma años antes, me habló de un tipo que tenía una academia de español. Una academia llamada Don Quijote, nada menos. Yo ya me manejaba más o menos con el español, lo que necesitaba eran clases de italiano, pero de todas formas telefoneé al profesor, de nombre Ángel Amezketa, y acordamos un encuentro en la Vineria Reggio de Campo dei Fiori. Fue el primero de muchísimos encuentros con Ángel, casi siempre en Campo, casi siempre en la Vinería.

Ángel era poeta. Y también uno de esos personajes excéntricos, con un pasado asombroso, que un día u otro quedaron atrapados en el peligroso remanso del tiempo romano. Ya hablaremos de Ángel más adelante. El caso es que el día en que nos encontramos me sugirió que llamara a un antiguo alumno suyo y, tras unos instantes de confusión, porque el antiguo alumno se llamaba, y se llama, Alunno, es decir, alumno, conseguimos entendernos.

Andrea Alunno, uno de los romanos más romanos que conozco, tan romano que en cuanto pudo se largó a vivir a Madrid, se convirtió al cabo de unos días en nuestro profesor particular. Venía a desayunar con nosotros a una cafetería cercana al hotel y durante un par de horas nos introducía en los arcanos de la lengua italiana, subjuntivos incluidos. Andrea, que también aparecerá más adelante, es hoy un buen amigo. Entonces, sin embargo, era solamente un tipo joven, empleado como técnico en una gran empresa de telefonía móvil, que se escaqueaba del trabajo para obligarnos a repetir conjugaciones irregulares.

Hay tantas Romas como queramos. Digamos que, simplificando y en términos exclusivamente urbanísticos, hay una Roma antigua (el llamado *centro storico*), una Roma de finales del XIX (las avenidas que rompen la armonía del centro, la atrocidad de la «máquina de escribir» blanca en Piazza Venezia, es decir, el horrible Monumento a la Patria perpetrado por los Saboya, y algunos elegantes barrios residenciales como Prati, Parioli o el menos conocido Macao, detrás de Termini) y una Roma mussoliniana: más avenidas que rompen la armonía del centro, unos cuantos edificios pretendidamente imperiales y ese barrio tremendo de las afueras construido para la nonata Exposición Universal de Roma de 1942 y lógicamente denominado EUR. Luego están la Roma desarrollista, hacia las afueras, donde la mayoría de la gente normal vive en edificios bastante normales, y la Roma pobre y oscura, cruel, sexual y violenta de la *borgata* pasoliniana.

Ir a la periferia, a vivir como gente normal en condiciones normales, estaba descartado desde el principio. Teníamos el hotel en Prati y aprendimos a apreciar su amplitud, su calma y el espacio de sus viviendas. Una vez apreciadas esas ventajas, decidimos optar por lo más complicado, que era lo más interesante, y buscar piso en esa Roma estrecha, oscura, caótica y semipeatonal (circulan coches, pero no siempre hay aceras donde refugiarse) del *centro storico*.

Por una vez, no me tocó a mí solo. Lola estaba conmigo desde el primer día y se

encargó de visitar todo tipo de antros alquilables, mientras yo hacía lo que hace cualquier corresponsal recién llegado: presentarme en los sitios, pedir acreditaciones y empezar a integrarme en la tertulia futbolística que se celebraba cada tarde, cerca de mi mesa, en la redacción del diario *La Repubblica*.

Al cabo de un par de semanas, Lola tenía ya controlados dos o tres pisos más o menos habitables y con un alquiler más o menos razonable. Había visto también un apartamento absurdo, lleno de escaleras, columnas y bóvedas, a un precio escalofriante. Habría hecho mejor callándose. Pero me habló del apartamento absurdo de precio escalofriante en Palazzo Massimo, el palacio del milagro ambiguo, y en ese mismo momento, sin haberlo visto, yo supe, y ella supo, que era el que me gustaba.

Además de ofrecer las ventajas ya citadas, el apartamento en cuestión estaba en obras de duración indeterminada. Me pareció irresistible.

Así fue como alquilamos el último piso, un palomar en realidad, del Palazzo Massimo de Pirro: número 145 de Corso Vittorio Emanuele, entre Campo dei Fiori y Piazza Navona. En ese apartamento imposible, un laberinto de escaleras con algún rellano exiguo a modo de habitación, tuvimos una explosión de gas (sin víctimas), dos inundaciones por goteras, innumerables rebeliones de la tarima de madera, empeñada en combarse, y algún otro incidente que no recuerdo ahora.

Tres años después nos trasladamos a un piso más sensato, junto al Panteón. Pero lo que a mí me gustaba era el disparate de Palazzo Massimo.

2

El apartamento-palomar de Palazzo Massimo era propiedad de la familia Fendi, la de los bolsos, y poseía un excelente pedigrí como nidito de amor para senadores (el edificio del Senado, Palazzo Madama, se encontraba a pocos metros), arquitectos municipales y otros personajes pudientes. Se trataba de un lugar idóneo para impresionar a las conquistas femeninas, siempre que éstas poseyeran unas piernas robustas y un espíritu aventurero. Había que subir cuatro pisos de los de antes para llegar a la puerta del apartamento, estrechísima, tras la cual comenzaba otra escalera igualmente estrecha que conducía a otra escalera y a la «lavandería», donde estaba previsto ubicar la lavadora e incluso, según los agentes inmobiliarios, al personal de servicio, a condición de que dicho personal consistiera en una sola persona de estatura inferior a 120 centímetros con aptitudes para el contorsionismo.

Saliendo de la lavandería y volviendo a subir por la primera escalera se accedía, a mano derecha, a una tercera escalera que conducía a un dormitorio pequeño y a un baño, y, a mano izquierda, a una estancia abuhardillada en la que era imposible no golpearse la cabeza y a una cocinilla diminuta (la nevera era un minibar) pensada, con toda lógica, para que cupiera, sin desperdiciar un centímetro, esa persona enana y contorsionista que dormía más abajo. Una cuarta escalera llevaba al salón, espléndido, con vistas al oeste, al sur y al este.

La quinta escalera, metálica y bamboleante, conducía a una habitación aérea, una garita llena de cielo en la que estaba previsto instalar un jacuzzi (imagino que el modelo especial para contorsionistas enanos). Ya he dicho que los anteriores inquilinos no solían dedicar el apartamento a un uso familiar, sino, digamos, recreativo. Nosotros dudamos un poco, pero nos pareció evidente que una vez llena la bañera todo se habría venido abajo, y renunciamos. En esa garita acabé poniendo una mesa y una silla, y en ella, al cabo de un tiempo, escribí una cosa que se publicó bajo el título de *Historias de Nueva York*.

Fue complicado meter muebles ahí dentro. Casi tanto como conseguirlos. Nuestros bártulos habían viajado en barco desde Baltimore hacia Nápoles, y allá por noviembre, al cabo de una travesía que duró meses, fuimos informados de que se encontraban ya en las aduanas napolitanas. Comprobamos que era imposible sacarlos de allí: siempre faltaba un papel, un trámite, una autorización. Casualmente, uno de esos días entrevisté al entonces ministro del Interior, Giuseppe Pisanu, y tras la conversación formal charlamos un momento sobre cosas intrascendentes. Le comenté lo mío con las aduanas de Nápoles y no se extrañó en absoluto. «Deben de esperar una propina», sentenció. Llamó a uno de sus colaboradores, un ex agente de la CIA (hablo en serio), y le encargó que telefonara a Nápoles. Dos días más tarde, los

trastos estaban en Roma. Sin propinas, que yo sepa.

Ya he dicho que la puerta del apartamento era estrecha. Me tocó una nevera en una rifa de la Asociación de la Prensa Extranjera (sigo hablando en serio) y hubo que dejarla en el rellano, porque no cabía. Al final la desmontamos fuera y volvimos a montarla en el interior. Pero el sofá, procedente de los grandes espacios de Washington, vía Nápoles, era de una pieza. Hizo falta contratar una grúa e iniciar los consiguientes trámites municipales (que a día de hoy aún deben de seguir su curso, supongo) para subir el sofá hasta la azotea y desde allí, con cuerdas, introducirlo por una ventana. Ése era el plan.

El plan tenía sus complicaciones, porque entre el lugar donde podía colocarse la grúa y el tejado del edificio había una columna del estadio de Domiciano, con un par de milenios a cuestas y algún beodo meando en el pedestal; también había un señor que cobraba por aparcar en una plazoleta de aparcamiento gratuito, la señora madre del señor que cobraba por aparcar y algún turista despistado. Con la fachada tampoco se podía bromear, porque era la del Palazzetto Istoriato. Vista de lejos parecía, como todo, una ruina carcomida por la vegetación y la roña, pero no era necesario fijarse demasiado para apreciar, pese al desgaste, los frescos renacentistas que decoraban el exterior del muro con escenas del Viejo Testamento.

La grúa estaba ya contratada cuando llegó Paolo, con un grupo de tipos silenciosos. No me pregunten quién era Paolo, porque nunca llegué a saberlo con exactitud: tal vez fuera el encargado de las obras en el piso, tal vez fuera el capataz de la familia Fendi, tal vez fuera un «conseguidor» genérico, tal vez pasara por allí. A Paolo se le había ocurrido que no hacía falta ninguna grúa. «Vamos a subir hasta el tejado del palacio contiguo», propuso, «y desde ahí estos amigos saltarán con el sofá hasta su casa». Dijo algo así, creo. Paolo hablaba en dialecto cerrado. El proyecto era evidentemente disparatado y respondí que no, que de ninguna manera, que no merecía la pena que alguien se matara por el puñetero sofá.

Aún no había concluido la frase, con mi torpe manejo del idioma, y Paolo estaba ya cargando el sofá con su tropa y alejándose, escaleras abajo. «*Non fa niente, non fa niente, sono moldavi*», iba explicando, coreado por los propios moldavos: «*Niente, niente*». Y así, «*niente, niente*», al cabo de un rato Paolo y sus moldavos voladores aterrizaron sobre la casa con el sofá. No hubo víctimas ni daños materiales, salvo alguna teja rota.

Nuestro apartamento tenía sus inconvenientes. El edificio, sin embargo, era majestuoso. Y no lo digo solamente por el campanario, la capilla y los curiosos milagros de san Felipe Neri. Los mismos sótanos, construidos hace unos dos mil años, habrían sido un monumento histórico en cualquier otro sitio. Sobre ellos se alzó la grada sur del estadio de Domiciano, lo que hoy llamamos Piazza Navona. Los muros del edificio, o de los edificios, porque se trataba de tres o cuatro palacios

adosados y parcialmente amontonados, eran más recientes. Durante unos siglos estuvo aquí el Palazzo del Pórtico y en 1471, sólo tres años después de la muerte de Gutenberg, alojó en su parte posterior, donde la fachada conservaba rastros de la decoración pictórica renacentista, un taller tipográfico en el que unos alemanes imprimían biblias. Las tropas de Carlos V, en 1527, se cargaron el pórtico, la imprenta y todo lo demás; cuando terminaron de saquear la ciudad, del antiguo *palazzo*, propiedad de la familia Massimo, papistas y enemigos del emperador, no quedaban más que cascotes quemados.

El palacio contemporáneo fue terminado en 1536 con una extraña fachada ventruda, siguiendo la forma redondeada que indicaban los cimientos del estadio, y adornada con columnas. Esa parte central recibió el nombre obvio de Palazzo Massimo alle Colonne, por la familia propietaria (los príncipes Massimo, vieja aristocracia de la creada por los papas y conocida como «nobleza negra», viven todavía en el primer piso) y por las columnas. Era un *palazzo* porque en Roma cualquier edificio grande y más o menos comunal es un *palazzo*. Aunque un poco venido a menos, también era un palacio en un sentido tradicional.

Junto al palacio de las columnas estaba el otro Palazzo Massimo, el de Pirro. Los romanos llamaban Pirro al dios Marte, cuya escultura decoraba originalmente el patio o *cortile* donde entraban los carruajes. La estatua y otros ornamentos fueron trasladados en 1738 al Museo Capitolino. Quedaron urnas vacías en los muros, plantas que se derramaban desde un jardín del primer piso (el de los príncipes), algunos coches aparcados y un curioso silencio, inusual en el centro de Roma.

3

Campo dei Fiori es la gran plaza laica de la vieja Roma: la única, creo, que carece de iglesia y de vírgenes en las esquinas. Dicen que fue, hace mucho, un campo florido, y que el nombre viene de ahí. Podría ser.

Campo no descansa nunca. De madrugada se instala el mercado, que se recoge a mediodía para dejar espacio a los paseantes y las terrazas; en cuanto oscurece se convierte en una zona de juerga nocturna y ya tarde, pasada la medianoche, acoge grupos de beodos, improvisados partidos de fútbol multitudinarios, cargas policiales en fin de semana y, de vez en cuando, alguna que otra puñalada. En Roma, las puñaladas suelen escaparse. La lengua italiana es rica en esos quiebros. Cuando en una manifestación, una fiesta, un partido de fútbol u otro evento se produce un brote de violencia y muere alguien, el comentario será un «*ci scappa il morto*» trufado de escepticismo y mesura. Cosas que pasan. En Campo, en ciertas madrugadas, «*ci scappa la coltellata*» entre grupos de jóvenes ebrios. Lo cual no significa que el lugar sea peligroso, ni mucho menos. Sólo resulta desaconsejable para grupos de jóvenes ebrios que anden buscando bronca con otros grupos de jóvenes ebrios.

En Campo fue ejecutado, por «herético, impenitente, pertinaz y obstinado», Giordano Bruno. Su pecado consistió en afirmar que la Tierra giraba alrededor del Sol y que el universo era infinito, lo que le conducía a tesis cercanas al panteísmo. Debió ser un hombre de carácter difícil, porque consiguió ser expulsado de Roma, de Ginebra (donde se hizo calvinista y luego anticalvinista), de Oxford y de París, hasta que un amigo veneciano, Giovanni Mocenigo, le atrajo de vuelta a Roma para traicionarle. El papa Clemente VIII adjudicó su caso al inquisidor Roberto Belarmino, el mismo que poco después llevó la acusación contra Galileo Galilei; tras ocho años encarcelado en el Vaticano, Bruno fue conducido a Campo dei Fiori el 17 de febrero de 1600. Se le ató a una estaca y se le quemó vivo.

El cardenal Belarmino fue canonizado tres siglos después, en 1930, por el papa Pío XI: no me digan que no tiene mérito, a esas alturas. Sólo hubo que esperar setenta añitos más para que el papa Juan Pablo II pidiera públicamente perdón por la ejecución de Giordano Bruno y en general por las hazañas de san Roberto Belarmino. Mucho antes de eso, en 1889, la Roma laica, ya capital de Italia y no de los Estados Pontificios, rindió homenaje a Bruno con una estatua en el centro de la plaza, allí donde la Inquisición montaba sus hogueras.

Me gustaba concluir la jornada en Campo, cuando la plaza empezaba a acoger a los primeros noctámbulos. Me encontraba con Ángel Amezketa en la Vineria, por donde a una hora u otra pasaba todo el mundo (una vez vi a Francis Ford Coppola sentado en la terraza con unos amigos) y donde se comentaba la actualidad, casi

idéntica a la actualidad de ayer y, probablemente, a la de mañana. Ángel bebía vino; yo, cerveza, Peroni *doppio malto*, la llamada *gran riserva*, una de las mejores que se fabrican en Italia. Artesanales al margen, la mejor es la Menabrea, piemontesa, pero no resulta demasiado fácil encontrarla en Roma.

Ángel fue seminarista con los jesuitas, huyó de España para no hacer la mili, recaló en Ginebra para trabajar en la ONU y apareció un día de 1969 por Roma, con un pasaporte válido para quince días: los quince días más largos de todos los tiempos, porque de momento han durado hasta hoy. En Roma fue bibliotecario con el padre Pedro Arrupe, el mítico prepósito general de la Compañía de Jesús, y profesor de español en la FAO hasta montar la academia Don Quijote. Ha tenido muchas novias y muchos amigos. Pasear con él por el barrio implica saludar a decenas de personas.

Vive en uno de los lugares más bellos de Roma, y eso es decir mucho: en la Torre della Scimmia, o Torre de la Mona, erigida en la Edad Media como fortaleza y puesto de vigilancia. En ese edificio ocurrió algo aún más raro que los milagros de san Felipe Neri en Palazzo Massimo. Dice la leyenda que hace unos cuantos siglos, el propietario de la torre tenía un hijo de meses (o una hija, para el caso da lo mismo) y un simio de especie indeterminada. Un día, el simio tomó en brazos a la criatura y se la llevó a la azotea, aparentemente para lanzarla. El padre, aterrado, prometió a la Virgen que si el bebé se salvaba pondría en lo alto de la torre, como homenaje eterno, una estatua de María y un farolillo encendido. Según la leyenda, en cuanto el padre formuló esa promesa, el mono depositó cuidadosamente a la criatura en el suelo. La historia puede ser falsa, pero la estatua de la Virgen y el farolillo encendido siguen allí arriba.

Si están en Roma, acérquense a la Via della Scrofa y caminen en dirección a Piazza del Popolo hasta llegar a Via dei Portoghesi. Son cuatro pasos. En esa esquina, miren a su izquierda: eso que verán al fondo de la calle es la Torre della Scimmia, en una de las vistas más bellas de una ciudad pródiga en vistas bellas. No creo que les interese saberlo, pero el barbero que ocupa los bajos era mi barbero, y la barbería, antigua, es muy graciosa: cada dos por tres entra un turista para fotografiar el interior.

Cada uno es libre de hacer lo que quiera mientras le cortan el pelo. Yo, sin embargo, creo que lo suyo, en Roma, consiste en leer *Il Messaggero*, el diario tradicional de la ciudad, conservador, popular, entretenido. Hay otros dos diarios romanos, *Il Tempo*, de circulación exigua, y el progresista *La Repubblica*, que sólo es romano de nacimiento porque se vende, y mucho, en toda Italia.

Ángel Amezketa es, ya lo he dicho, poeta, lector de Wittgenstein y dandi irredento. Si se cruzan por Campo o por Navona con un tipo alto y flaco, tocado con un sombrero, enfundado en unos pantalones de color mostaza y calzado con zapatos a la última moda, salúdenle de mi parte: es él.

A veces compartíamos velada en Campo con el escultor Nito Contreras, un amigo

de Ángel. La mujer de Nito, Gianna Pizzi, era una artista deliciosa y una mujer bellísima. Uno de los pocos objetos que venero es una tablilla con bajorrelieves dorados que le compré a Gianna cuando ella ya no podía apenas salir de su casa, afectada por una enfermedad degenerativa. Recuerdo que cuando Gianna murió, Ángel me habló de los cementerios romanos. Al día siguiente me acerqué al *cimitero acattolico*, más conocido como Cementerio de los Ingleses, el lugar en el que, dada la prohibición de la Iglesia católica de enterrar en sus camposantos a personas de otras creencias, se daba sepultura a protestantes, ortodoxos, musulmanes y judíos. También a actores y suicidas, gente considerada de mala vida o mala muerte.

Los muertos son importantes en Roma. En la época antigua constituían el único elemento creíble y más o menos creído de una religión ecléctica, vaga y puramente utilitaria. Los difuntos recibían sepultura junto a las carreteras o en jardines, para que no perdieran contacto con los vivos. Ese sentimiento que relaciona a los muertos con los vivos no ha desaparecido en la época actual. Reflejo indirecto de ello es el gran insulto romano, exportado al conjunto de Italia: «*Li mortacci tua!*». Puede decirse cariñosamente o con sorpresa, pero cuando se pronuncia con rabia, resulta muy rabioso. Se supone que alguien que no tiene muertos, sino muertuchos, ha de ocupar el lugar más mísero en la escala de lo despreciable.

Quizá se me contagió algo de eso. Cuando murió Enough, mi dulce gataza inglesa, a causa de un tumor, me pareció esencial enterrarla en un buen lugar. Mi amigo Andrea y su padre me ofrecieron un sitio espléndido en su pequeña finca al sur de Roma: una colina suave y verde, salpicada de olivos, orientada al sur. Allí se quedó Enough.

El Cementerio de los Ingleses está relativamente céntrico, cerca de la puerta de San Paolo y al lado de la pirámide Cestia (un capricho funerario de un romano de hace veinte siglos), y aconsejo visitarlo. En él se encuentra la tumba del poeta John Keats (1795-1821), con la célebre lápida que redactaron sus amigos: «Esta tumba contiene los restos mortales de un joven poeta inglés que en su lecho de muerte, con el corazón amargo ante el poder maligno de sus enemigos, quiso que estas palabras fueran grabadas sobre su lápida: Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito sobre el agua». A unos metros fue colocada después una respuesta al epitafio, igualmente grabada en mármol: «¡Keats! Si tu querido nombre fue escrito sobre el agua, cada gota cayó del rostro de quien te llora».

Suele considerarse que los enemigos con poder maligno a los que se cita en la tumba eran críticos y acreedores, aunque debería incluirse entre ellos al médico romano de Keats, que le trataba la tuberculosis con una terapia de hambre: una anchoa y una rebanada de pan al día. En el cementerio acatólico se encuentra también la tumba de otro poeta inglés muerto muy joven, Percy Shelley (1792-1822), gran amigo de Keats y esposo de Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*. Keats vivía en

la Piazza di Spagna, en la villa que se alza a la derecha de la escalinata. Hoy es un museo dedicado a Keats y Shelley.

Las cenizas de Antonio Gramsci (1891-1937), fundador con Palmiro Togliatti del Partido Comunista Italiano, reposan a la sombra de un árbol y de una lápida alta, desprovista de símbolos. Togliatti, en cambio, fue enterrado en el cementerio católico, el Verano, bajo una hoz y un martillo; corría ya 1964, se celebraba el Concilio Vaticano II y eran otros tiempos. Togliatti, llamado *El Mejor*, dijo unas cuantas tonterías, como cualquier comunista de la época («Stalin es un titán del pensamiento»), pero fue uno de los padres de la Constitución italiana y un dirigente político esencialmente inteligente y sensato. En 1948 sufrió un atentado fascista junto a la Cámara de los Diputados, quedó gravemente herido y los sindicatos convocaron una inmediata huelga general; todo el país se sintió al borde de una revolución o de una nueva guerra y esa circunstancia crítica produjo una de las anécdotas extraordinarias del ciclista Gino Bartali.

Ya sé que estábamos en el cementerio, y antes en Campo dei Fiori, pero tengo que contar esto de Bartali. ¿Qué habría sido de Italia, y de Roma, sin Gino Bartali y sin Franco Coppi? Bartali era grandullón, católico y conservador; Coppi era menudo, golfo y filocomunista. Bartali era el trabajo; Coppi, el talento. Su rivalidad y su amistad animaron a todo el país en los años oscuros del fascismo prebélico, la guerra y el hambre. Bartali no combatió, pero colaboró con la Resistencia y gracias a los documentos que transportaba ocultos en el manillar de la bici salvó la vida a decenas de judíos; Coppi hizo la campaña de África y pasó dos años en un campo de concentración británico.

Tras el atentado a Togliatti, el 14 de julio de 1948, el primer ministro, Alcide de Gasperi (cuyo secretario se llamaba Giulio Andreotti, ¿les suena?), telefoneó a Bartali, que estaba corriendo el Tour de Francia, y le ordenó que, por el bien de la patria, ganara. Bartali, que tenía ya treinta y cuatro años y fumaba como un cosaco, venció en la etapa del 15 de julio bajo una intensa nevada, se vistió el maillot amarillo al día siguiente y llegó primero a la meta de París. Su victoria destensó los ánimos políticos. En cuanto recuperó el conocimiento, Togliatti hizo dos cosas: preguntar cómo iba el Tour y pedir a los sindicatos que desconvocaran la huelga, por ese orden.

Ah, Coppi y Bartali. Se les añora, aunque su época fuera siniestra. Al principio me sorprendía el halo de nostalgia que parece envolver Roma. No lo digo porque Adriano Celentano siga siendo un ídolo y un fenómeno televisivo, porque Gianni Morandi cante todavía, porque el Festival de la Canción de San Remo mantenga audiencias formidables o porque Mina sea objeto de culto, que también, sino porque la ciudad tiende a añorarse a sí misma. Por bien que se encuentre, siempre ha conocido mejores tiempos. Y los evoca a menudo.

Ángel y Nito, como era de suponer, hablaban mucho del 68, de las barricadas del 69, de la efervescencia de los 70. En esos años se quebró el sueño propiciado por el desarrollismo democristiano y el cine (desde *Vacaciones en Roma* a *La dolce vita* o *Un americano en Roma*) y se entró en la «década de plomo»: terrorismo, hiperpolitización, la sombra inminente de la revolución o el golpe de Estado. Los 70 fueron duros, pero efervescentes en Roma. ¿Se imaginan una ciudad en la que topas por la calle con Fellini o Pasolini, con De Sica o Antonioni, con Moravia o Montanelli?

Ángel conoció a Fellini. Por entonces los bares bohemios estaban en torno a la vía del Babuino, territorio felliniano. También conoció a Borges y a Picasso y a mucha otra gente. Se corrió juergas importantes junto a Gregory Corso, uno de los poetas de la generación *beat*, y guarda algunos breves manuscritos que Corso (otro enterrado en el cementerio acatólico) redactó en esas noches de vino y rosas.

Sentados en la Vineria, Ángel fumaba su Gitanes y peroraba sobre lo divertida que fue Roma y lo letárgica que se había vuelto; en general, Nito asentía con un suspiro muy gallego, y yo escuchaba. De una forma u otra, siempre se acababa hablando de Berlusconi. De los tiempos de Bettino Craxi, rebosantes de dinero y corrupción, en los que el magnate Berlusconi surgió mágicamente de la nada, y del Berlusconi de hoy. En otro tiempo, quien mandaba en Italia era el elegante y sutil Gianni Agnelli, el *avvocato*, patrón de la Fiat y del país. Ahora es Berlusconi. Resulta indiscutible que la cosa ha decaído un poco.

El centro histórico de Roma abunda en incomodidades. Las manifestaciones, las comitivas de coches oficiales, las prietas columnas de turistas de crucero recién desembarcados en Civitavecchia, el ejército turístico regular, las estruendosas cogorzas nocturnas de nativos y foráneos, los miniautobuses que encallan en una calleja y braman con la bocina, las sirenas policiales, los músicos ambulantes: todo desemboca aquí.

Pero hay momentos sin barullo y, en cualquier caso, uno acaba acostumbrándose a todo eso. A cambio, el centro, aún no tan homogeneizado como los de otras ciudades (quedan carpinteros, zapateros remendones, artesanos de la piel, barberos de toda la vida), proporciona algo parecido a una placidez provinciana. Quienes habitan ese microcosmos se conocen unos a otros, se saludan por la calle, comentan los eventos futbolísticos y se cuentan las batallitas cotidianas.

Para dar una idea de la densidad del centro, en tiempo y en espacio, les propongo un paseo. No se trata de caminar mucho: la distancia a recorrer equivaldría, más o menos, a dar un par de vueltas completas a la plaza de Colón, en Madrid, o a la de Cataluña, en Barcelona. Poca cosa. En realidad, era la caminata matutina que solía dar yo por la mañana, cuando bajaba a buscar los periódicos y a tomar un café. Podríamos dar paseos similares en muchos otros lugares de Roma, pero éste nos vale a modo de cata. Se trata de hacerse una idea del montón de prodigios por metro cúbico (porque aquí el aire y el subsuelo cuentan tanto como la superficie) que acumula esta ciudad.

¿Por dónde empezamos? Situémonos en la Piazza di Santa Chiara, por ejemplo. Es una placita casi inexistente, un simple cruce entre Largo Argentina y el Panteón. Pasaremos por ambos lugares, pero ahora estamos en Santa Chiara. Aquí, en el número 57 de la calle del mismo nombre, esquina con la plaza, vivimos un par de años, cuando Lola se empeñó en que dejáramos el laberinto de escaleras de Palazzo Massimo y nos mudáramos a un piso normal, de esos con pasillo y habitaciones.

El inmueble, como muchos otros en el centro de Roma, pertenece a la Obra Pía española, parecida a la Obra Pía francesa, pero históricamente más problemática. A ver cómo explico yo en qué consiste la Obra Pía. Digamos que hace muchos, muchos años, era costumbre entre los católicos pudientes hacer donaciones al papa, destinadas al auxilio de los peregrinos, al pago de la dote de doncellas menesterosas y asuntos por el estilo. Después de 1870, cuando desaparecieron los Estados Pontificios, quedó en Roma un patrimonio inmobiliario y su gestión fue asignada a la Embajada de España ante la Santa Sede. No la propiedad, sólo la gestión. En realidad no hay propietario en un sentido estricto porque los bienes son inajenables. Durante

casi todo el siglo xx, la embajada española alquiló las viviendas a las fuerzas vivas de la sociedad romana y a españoles aproximadamente ilustres con residencia en la ciudad. Los precios eran políticos, es decir, absurdamente bajos. Tras una serie de embrollos y denuncias, el Ministerio de Asuntos Exteriores intentó, con el inicio del siglo xxi, administrar todos esos pisos de forma profesional. Sigue funcionando, sospecho, a base de influencias y amiguismos, pero los precios son ya casi los de mercado. Yo solicité y obtuve un piso normalito en Santa Chiara, por dos mil euros mensuales.

Un aviso, antes de comenzar a andar. Estamos en la «península» romana que, con el mausoleo de Augusto y el Ara Pacis al norte, y la isla Tiberina al sur, marca una pronunciada curva en el Tíber. Esto era, en tiempos imperiales, el Campo de Marte, Campo Marzio en italiano, y aquí se desarrollaron importantes acontecimientos de aquella época. Cerca de Largo Argentina, se supone, ocurrió uno de los asesinatos más famosos de la historia. El punto exacto no se conoce, pero en algún lugar de esta zona, entre el Panteón y el Área Sagrada de Largo Argentina, Bruto y sus compinches apuñalaron a Julio César. En muchos restaurantes hay muros o columnas de la era imperial y en cada uno de ellos aseguran que allí entró el cuchillo en las carnes del César. Si hubiera que hacerles caso a los camareros, el crimen de los Idus de Marzo debió parecerse a un pasacalles, con el César lleno de agujeros y corriendo de un portal a otro para no defraudar a ningún futuro miembro del gremio de la hostelería. Las cenizas de Julio César fueron enterradas cerca, junto a la Via Flaminia (actual Via del Corso), en otro lugar cuyo paradero exacto desconocemos. El suelo romano esconde muchos misterios.

El Campo de Marte fue un ensanche de la Roma imperial. La ciudad nació en las colinas del Capitolio y el Palatino, tuvo una extensión monumental en los Foros, disponía de un puerto fluvial (el actual Testaccio) y un barrio de pescadores (Trastevere), y en el momento de mayor grandeza creó en el Campo de Marte un barrio de templos, palacios, estadios y teatros. Varias de las calles mantienen el trazado imperial, aunque la tortuosidad de algunos callejones procede del Medievo. Hacia el siglo ix, cuando Roma había degenerado en villorrio y ni los papas querían vivir en ella, el viejo Campo de Marte y el Trastevere fueron los únicos núcleos regularmente habitados y habitables. La principal huella de esos siglos son las torres de vigilancia: aquí y allá verán callejas llamadas «Tor», por torre, y algunas torres que sobreviven.

No nos confundamos con las fachadas de las casas, relativamente nuevas: la mayoría de ellas son edificios romanos que fueron abandonando los pisos inferiores tras sucesivas inundaciones fluviales, y siglos después remodelaron el exterior. Por poner un ejemplo, la habitación de las calderas del Senado, que tenemos muy cerca, es del tiempo de los césares y está decorada con columnas de mármol.

Hecha la digresión, vamos allá.

Caminemos unos pasos hacia la Piazza della Minerva, decorada con una escultura exótica. A Bernini se le ocurrió decorar la plaza con una escultura original y muy descansada. Digo descansada porque Bernini la firmó y la cobró sin dar ni golpe, o casi: la dibujó, encargó a su alumno Ferrata que esculpiera un elefante (símbolo de castidad grato al papa Alejandro VII porque, se decía, era un animal que copulaba solamente una vez cada cinco años), y le colocó encima un pequeño obelisco egipcio del siglo VI antes de Cristo, procedente de Asuán. Y ya está: se cansó Ferrata y se cansa el elefante, siempre con el obelisco a cuestas.

Tal vez nos hemos anticipado, porque en la misma esquina, cuando estamos a punto de entrar en la Piazza della Minerva, vemos a la izquierda un quiosco de prensa. El hijo de los dueños, que jugó en los juveniles de la Roma y llegó a coincidir con Totti, es un típico izquierdista italiano (definición: un hombre permanentemente cabreado con los políticos de izquierda) que, cosa no tan típica, soporta con dificultad las pompas católicas. Mal asunto: no trabaja en el barrio más adecuado.

Justo detrás del quiosco, en el 34 de Via di Santa Chiara, se encuentra el negocio de Annibale Gammarelli. Poca broma: es el sastre que confecciona el primer traje de los papas, el que se ponen tras la elección en el Cónclave para asomarse y saludar al público en la plaza de San Pedro. Como no se sabe si el nuevo papa será gordo o flaco, alto o bajo, Gammarelli tiene listas varias tallas. Generalmente, los papas siguen vistiéndose en el mismo sastre, que fabrica y vende también los típicos mocasines rojos, esos que algunos atribuyen a Prada u otras marcas de moda. Benedicto XVI compra en esta tienda, pero los jerseys negros de cuello alto, como el que lucía la tarde de su elección y sigue usando en cuanto se quita el traje de faena, los adquiere en Milán.

A la altura de Gammarelli, flanqueando el lado derecho del quiosco y en la misma calle, justo en la esquina con la Minerva, hay otro clásico eclesiástico, más bien dedicado al *prêt-à-porter*, aunque también confecciona a medida: hablamos del emporio Ghezzi, que lo mismo vende unos calcetines negros de cura rústico que decora el interior de una iglesia. En Ghezzi hay de todo, desde cálices hasta calzoncillos. Yo no pasaría de largo sin comprar, al menos, unos calcetines rojos de cardenal. Los más viciosos, o los que deseen una auténtica experiencia cardenalicia, pueden comprar también un ligero rojo como el que suelen utilizar los príncipes de la iglesia cuando visten de gala.

Sigamos adelante y veamos, a mano derecha, el *pie di marmo*, un pie colocado en la esquina de la calle del mismo nombre con la Via de Santo Stefano del Cacco. Pertenece a una gran estatua romana, no sabemos más. Ni siquiera hay acuerdo sobre si el pie es femenino o masculino, aunque a tenor del calzado uno apostaría por lo segundo. Es posible que proceda del antiguo templo de Isis, que se alzaba donde hoy

se alza Santa María sopra Minerva y del que quedan fragmentos en el sótano de la iglesia. Entren, si les apetece, en la iglesia. Hay mucho en el interior. Un crucifijo de Miguel Ángel, sin ir más lejos. Disculpen que no les acompañe, creo que se orientarán mejor con una clásica guía turística.

Una vez sobrepasada la iglesia de Santa María, y a la altura del pie de mármol, nos introducimos en territorio jesuita. San Ignacio de Loyola y los suyos establecieron aquí sus dominios, sobre un eje que va desde la iglesia del Jesús a la de San Ignacio, pasando por el Colegio Romano, que fue la gran universidad de los monjes-guerreros de la Contrarreforma.

Y ahora, un consejo de amigo. A la izquierda, antes de pisar la Piazza del Collegio Romano, se abre la Via di San Ignazio. En el número 52 se esconde, literalmente, uno de los prodigios romanos menos conocidos: la Biblioteca Casanatense, que hasta el siglo XVIII fue una de las mejores del mundo. La fundó el cardenal Casanate (1620-1700), dominico, nacido en Nápoles en una familia de origen navarro, los Aoiz; fue gobernador de diversos territorios papales, inquisidor en Malta y bibliotecario de la Santa Iglesia Católica. Gracias a su cargo de archivista vaticano acumuló libros preciosos, que unió a los heredados de su padre en una colección fabulosa, que hoy reúne más de 350.000 volúmenes antiguos, entre ellos 6.000 manuscritos y 2.200 incunables, además de la mejor colección de edictos papales. La sala principal de la Biblioteca Casanatense es una de las estancias más bellas de Roma. Entrar es gratis. A las 9 y a las 3 (conviene confirmar) hay visitas guiadas.

Sigamos por la misma calle hasta la plaza y la iglesia del mismo nombre. La iglesia de San Ignacio, más que la cercana del Jesús, «catedral» de los jesuitas, muestra la tremenda potencia visual del arte de la Contrarreforma. No hablamos de virguerías barrocas, sino de auténticas alucinaciones visuales. Ya sé que estamos entre gente de mundo y que no hace falta avisar, pero no entren en este templo bajo el efecto de una droga: podrían pasar un mal rato porque del techo pintado por Andrea Pozzo brotan manos, rostros y rayos divinos. «Brotan» literalmente, acercándose al observador. Ni la aparente profundidad del techo ni la falsa cúpula pueden describirse correctamente: hay que estar ahí, bajo el invento de Pozzo, para comprender de qué hablamos.

A la salida de la iglesia, desde la puerta, miremos la placita que tenemos ante nuestros ojos y apreciemos la simetría: es un exquisito escenario teatral.

Volvamos rápidamente a la Piazza del Collegio Romano, porque hay otra cosa que no podemos perdernos: el Museo Doria-Pamphili. La entrada es carilla y el museo es bastante doméstico: una rama de los Doria, italobritánica, sigue viviendo en el piso de arriba. Vale la pena dar una vuelta por el interior, pero lo imprescindible está en un rincón, en una sala minúscula con una puerta cerrada al fondo que utilizan los propietarios, los Doria, para bajar de vez en cuando a contemplar su joya: el

Inocencio X pintado por Velázquez. El artista español retrató al papa Inocencio tal como era, con toda su desconfianza y su crueldad dibujada en los ojos. Es un cuadro sobrecogedor. Siglos después, el pintor británico Francis Bacon, obsesionado con el retrato velazqueño, volcó sobre el rostro de Inocencio X un imaginario litro de ácido y lo «deconstruyó» en un retrato tan impresionante como el original.

Tomemos la Via della Gatta, donde está la cafetería del museo, y tras recorrer unos metros llegaremos a la placita Grazioli. Habrá, con toda seguridad, algún coche de policía, porque nos encontramos ante la entrada de servicio del Palazzo Grazioli, residencia romana del *Cavaliere* Silvio Berlusconi. Lo de *Cavaliere*, ya que lo mencionamos, es un título que se inventaron los burgueses del norte para no ir por la vida sólo con el nombre y el apellido; no significa nada, aunque ahora, en una república que canceló los títulos nobiliarios (en Italia no hay condes ni marqueses, si exceptuamos la nobleza negra), es lo único disponible.

En el interior del palacio, entre estancias majestuosas, antigüedades, obras de arte y la corte berlusconiana de señoritas alegres, hay un salón que reproduce con total precisión, banderas y bustos incluidos, la sala de consejos de ministros del Palazzo Chigi (se pronuncia «Quichi»), sede de la Presidencia del Gobierno. Berlusconi se lo hizo construir durante el mandato de Romano Prodi, cuando se encontraba en la oposición, para apaciguar el síndrome de abstinencia del poder.

Saldremos a la Via del Plebiscito y tomándola a mano derecha (si quieren visitar la catedral jesuita del Jesús, la tienen justo a la izquierda: podemos esperar un rato) nos plantaremos en Largo Argentina. Aquí, frente al desaparecido Pórtico de Pompeyo, había unos templos de los que se ignora todo. Fueron descubiertos en el siglo XIX, cuando los reyes piemonteses, recién conquistada la ciudad a los papas, se dedicaron a ampliar algunas calles céntricas para adecuarlas a sus desfiles y sus cosas. Como no sabemos gran cosa de estas ruinas, las llamamos Area Sacra, área sagrada, y listos.

Asomados a las ruinas veremos gatos, muchos gatos. Roma es una ciudad gatuna, y estas piedras viejísimas constituyen el epicentro de la felinidad mundial. Las ruinas ejercen, desde hace décadas, la función de residencia de gatos abandonados. Una asociación formada principalmente por vecinos del barrio financia los gastos y atiende a los animales recogidos.

Ignoro si son ustedes aficionados a la historia contemporánea, y si les suena Aldo Moro. Fue dos veces primer ministro, entre 1963 y 1968 en la primera etapa, entre 1974 y 1976 en la segunda, y patrocinó el «compromiso histórico» con el Partido Comunista. El 16 de marzo de 1978 su escolta fue acribillada por las Brigadas Rojas y Moro quedó en manos de unos secuestradores idealistas, imbéciles y crueles. Uno de ellos, una mujer llamada Adriana Faranda, ya no es ni idealista, ni imbécil, ni cruel: lo aseguro, he tenido el placer de conocerla. Cuando salió de la cárcel vendió

todas sus propiedades, un pisito heredado y poco más, y distribuyó el dinero obtenido entre familiares de las víctimas de las Brigadas Rojas. Lo hizo de forma anónima, a través de un sacerdote, porque no quería que los beneficiarios de la donación se sintieran forzados a perdonar. Con el tiempo conoció a la hija mayor de Aldo Moro y trabó amistad con ella. Algunas historias de violencia terminan así, con un abrazo. Muy pocas, en realidad.

El secuestro de Moro duró 54 días agónicos, durante los que el propio papa Pablo VI se ofreció a reemplazar al político como rehén del grupo terrorista. El papel de su partido, la Democracia Cristiana, fue bastante ambiguo en ese periodo en el que Italia permaneció en vilo. El secuestrado, bajo la terrible presión del cautiverio y la amenaza del disparo en la nuca, escribió cartas muy críticas con sus compañeros, especialmente con *Il Divo* Giulio Andreotti.

El 9 de mayo, el terrorista Mario Moretti, único de los secuestradores que tenía contacto directo con Moro, ordenó a la víctima que saliera del «piso franco» (cuya ubicación es todavía desconocida) y que se metiese en el maletero de un coche, tapándose con una manta. Le dijo que iban a liberarle. Acto seguido le disparó diez balazos. Moretti es un personaje oscuro. Fue condenado a seis cadenas perpetuas, de las que cumplió quince años. El fundador intelectual de las Brigadas Rojas, Renato Curzio, le consideraba (ya antes del secuestro) un infiltrado de los servicios secretos, dominados por el neofascismo, o de los mismos neofascistas, que con atentados como el de la estación de Bolonia fomentaban la denominada «estrategia de la tensión» para provocar un golpe de Estado militar.

Moretti abandonó el coche con el cadáver en la Via Michelangelo Caetani, que nace aquí, en Largo Argentina. El lugar elegido estaba a mitad de camino entre la sede de la Democracia Cristiana (Piazza del Gesù) y la del Partido Comunista (Via Botteghe Oscure), para subrayar la oposición de los extremistas al «compromiso histórico» entre la DC y el PCI. Me parece admirable que los terroristas logaran aparcar el automóvil en ese lugar simbólico: les aseguro que nunca, ni entonces ni ahora, ha resultado fácil encontrar un aparcamiento en el barrio.

Dejemos este terrible episodio y, por Via della Torre Argentina, regresemos al punto de partida para caminar, en sentido inverso, la Via di Santa Chiara hasta dos plazas contiguas, la de Caprettari y la de San Eustachio (léase «Eustaquio»), que combinadas ocupan un área minúscula; estoy convencido de que el dormitorio de Berlusconi en Palazzo Grazioli, capaz de acomodar, se dice, decenas de señoritas complacientes, tiene más metros cuadrados.

En la Piazza de San Eustachio, lo suyo es tomar el mejor café del mundo. Lo preparan en el Caffé San Eustachio, tostando los granos con leña cada mañana y moliéndolos sobre la enorme cafetera, que está de espaldas al público para no divulgar los «secretos» del negocio. Ustedes dirán, quizá, que no es el mejor café del

mundo. Vale. Pues aquí nos peleamos. Sepan que no lo digo sólo yo, lo dicen también los romanos, las guías turísticas y hasta *The New York Times*.

Cuando llevaba a algún visitante al café, solía imponerle una prueba previa: tenía que decirme por qué nadie quiere casarse en la iglesia de enfrente, la iglesia de San Eustachio.

Es posible que conozcan la historia de este santo. Era un general romano, de nombre Placidus, que combatió a las órdenes de Trajano. Un día, mientras cazaba, vio una cruz luminosa entre las astas de un ciervo y se convirtió al cristianismo. Fue martirizado en el año 118, durante las persecuciones de Adriano, y santificado como San Eustaquio.

Ya está casi todo dicho. Ahora sólo tienen que mirar hacia el techo de la iglesia, donde se alza una cruz sobre una cabeza de ciervo, dotada de una fenomenal cornamenta. Evidentemente, a los romanos no les gusta salir de su boda bajo la sombra de los cuernos.

Ahora sí, se han ganado un *gran caffè*, el sensacionalmente cremoso café doble del San Eustachio. Sobre todo, no se confundan de café. El que está en la esquina, con un agradable aspecto antiguo, pertenece, dicen, a la Camorra napolitana. La policía lo cierra de vez en cuando, pero vuelve a abrir enseguida. Cosa de las influencias, supongo.

Ánimo, no nos queda casi nada. Estarán lamentando los puñeteros adoquines, los *sampietrini* (por la fábrica de materiales creada para construir la basílica de San Pedro), tan bonitos y tan incómodos para caminar. Hagamos un último esfuerzo para remontar la leve cuesta de la Via de la Dogana Vecchia, la Aduana Vieja. Podrían pensar ustedes que suben una pequeña colina, y se equivocarían. En realidad no hay tal colina, sino una montaña de ruinas cubiertas de asfalto, de ahí la pendiente.

Siguiente parada, San Luigi dei Francesi, que guarda varias pinturas de Michelangelo Merisi da Caravaggio (1571-1610), el «pintor-fotógrafo», el pintor que encarna la ambivalencia romana para lo lúdico y lo cruel, el gran tenebrista, el genio con alma de canalla que iba de trifulca en trifulca y un día, muy cerca de donde estamos, junto a la actual Piazza de Campo Marzio, mató a estocadas a un tipo porque le había ganado en un juego parecido al tenis. Para poder ver sus cuadros hay que iluminarlos, y para iluminarlos hay que echar monedas en una maquinita. Pobre Caravaggio, no se merecía esa mezquindad.

Y ahora, siguiendo la callejuela que nace frente a la iglesia, la Via dei Giustiniani, llegamos por fin a nuestro destino. Se trata de una de las plazas más bellas del mundo, dominada por uno de los edificios más singulares del mundo: el Panteón.

El Panteón es el tercer Panteón. El primero, construido por Marco Agripa en 25 a.C., quedó destruido por el gran incendio del año 80. El segundo, hecho por Domiciano, duró poco: en 110 le cayó un rayo y ardió también. La obra de Adriano,

en cambio, duró para siempre. Para que se hagan una idea, sólo en 1958 los técnicos modernos consiguieron levantar una cúpula de hormigón más grande que la del Panteón. Hasta entonces no había sido posible reproducir tal maravilla.

Aunque el edificio es de Adriano, éste prefirió dedicarlo a Agripa, creador del primer templo: «M. AGRIPPA L.F. COS TERTIUM FECIT» (Marco Agripa, hijo de Lucio, lo hizo en su tercer Consulado). El nombre sugiere que el templo se utilizaba para adorar a todos los dioses. Tal cosa resulta, sin embargo, poco verosímil: los romanos antiguos no tenían costumbre de someter a sus dioses a la promiscuidad de convivir amontonados, y cada uno disponía de sus templos. Fuera para lo que fuera, siglos más tarde se convirtió en iglesia cristiana, fue utilizado para enterrar al pintor Rafael y a varios miembros de la Casa Real de los Saboya, y en él se celebran misas.

Si les quedaran ganas, verán en la plaza una cafetería llamada La Tazza d'Oro. Es la única que rivaliza con la cafetería San Eustachio. Para mí no hay color, pero en este caso tolero la heterodoxia.

Casi no me atrevo a decirlo, porque ocurre rarísimas veces. Lo de que nieve en Roma, digo. ¿Nieva y están en Roma? Corran hacia el Panteón y hagan lo que hace cualquier romano informado: entren y miren al techo, al agujero de la cúpula. Los copos entran en el templo y quedan suspendidos girando en el aire. Sólo eso. Tal vez tengan ocasión de contemplar un espectáculo más sublime, pero dudo que sea en esta vida.

Los italianos son formales en el trato. Y los romanos, más. Procediendo de un país como España, en el que parece que todos nos conocemos de toda la vida y en el que las sutilezas del lenguaje han sido sustituidas por carraspeos, sonidos guturales y tacos, tiendo a apreciar el uso de fórmulas de cortesía en la comunicación interpersonal.

Al principio cuesta acostumbrarse a besar a los amigos. En España no hay costumbre de besos entre hombres. El beso italiano, además, se realiza al revés del hispánico: primero se orienta la cara hacia la izquierda y después hacia la derecha. Con el tiempo, uno aprecia esa efímera intimidad física, mucho más cordial que el apretón de manos.

Ocurre, sin embargo, que las simples formalidades italianas en los gestos o en la conversación directa, expresiones como el «señor» o «señora» o el «usted» o el «*caro amico*», se complican bastante cuando se escribe, muy en especial cuando se escribe a alguien que no pertenece al círculo de amistades.

Supongamos, por ejemplo, que hay que enviar un correo electrónico. Si el destinatario es nuestro fontanero, podemos arriesgarnos a suponer que carece de título universitario y tratarle simplemente como «*Gentile Signore*», aunque, por si acaso, mejor «*Gentilissimo*». En caso de duda, mejor «*Egregio*», añadiendo «*Dottore*» o «*Dottoressa*». También se usa la fórmula «*Distinto Dottore*». Ahora bien, en el caso de que el destinatario ostente una cátedra o sea jefe de algo conviene pasar al «*Pregiatissimo*» o al «*Chiarissimo*». Andrea, nuestro profesor de italiano, tuvo que hacernos una larga chuleta con esas fórmulas, porque el encabezamiento de una carta o un correo no es nada en comparación con el final: ahí hay que tirar, como mínimo, por el «*In attesa di un suo gradito riscontro*» o por el «*Colgo l'occasione per porger la distinti saluti*».

Esto se debe, hasta donde yo sé, a la tradición burocrática. Los romanos detestan la burocracia, pero me temo que no sabrían vivir sin ella. Cualquier pequeña gestión se convierte, en Roma, en una ceremonia larga y complicada. Nuestra experiencia iniciática en ese sentido se produjo cuando fuimos a solicitar el permiso de residencia, o «*permesso di soggiorno*». Lola y yo podríamos haber acudido a la Questura el sábado, jornada reservada a diplomáticos, corresponsales, futbolistas y demás extranjeros de presunto postín. Pero preferimos comprobar cómo funcionaba el proceso con el inmigrante de a pie.

En la primera visita a la Questura de Via Genova, junto a Via Nazionale, no sacamos nada en claro porque llegamos a las 8 de la mañana y ya no daban número. Al día siguiente estábamos en la cola antes de las 6 y logramos acceder, rodeados por

una variopinta marea humana, al patio del edificio. Al fondo había una ventanilla por la que teníamos que pasar uno a uno, con nuestro pasaporte y nuestro contrato de trabajo. Mientras cientos de personas esperábamos, la ventanilla se abría y cerraba a intervalos: ahora se atiende, ahora no. Me acerqué para averiguar qué pasaba dentro y vi a un caballero de unos treinta años, con unas espectaculares gafas de sol, que hojeaba *La Gazzetta dello Sport*. En cuanto encontraba una noticia interesante, o se le acercaba un compañero oficinista para realizar algún importante comentario sobre la rodilla de Totti o el esquema táctico de la Roma, el caballero de las gafas oscuras cerraba la ventanilla; pasada la emergencia, reiniciaba el contacto con la ciudadanía. Pensarán que me lo invento. Ojalá.

Hacia mediodía, con el ánimo cercano a la desesperación, Lola se puso a charlar con una monja romana que acompañaba a una novicia africana. Salió, por supuesto, el tema de la burocracia y las esperas. «Ah, hija mía», exclamó la monja, «recuerde que Roma es eterna, y lo es para todo». No dejamos de recordarlo en los cinco años que vivimos allí.

Cualquier residente en Roma atesora estupendas historias bancarias. A nosotros nos costó una prolongada gestión abrir una cuenta en la Posta, el equivalente de la antigua Caja Postal española; cerrarla fue prácticamente imposible. No lo logramos antes de abandonar la ciudad y al cabo de un tiempo, durante una visita, lo intentamos de nuevo. Tras firmar todo lo firmable, la amable funcionaría nos pidió ciento treinta euros para concluir el trámite, que consistía tan sólo en cerrar una cuenta. Debimos mostrar una expresión muy perpleja, porque la funcionaría accedió a negociar: «Venga, me pagan cien y no se habla más». Pagamos, por supuesto.

Nuestra cumbre particular, en materia de tortuosidades en los servicios públicos, nos la proporcionó Correos. Sebastián Mera, un amigo de Madrid al que habíamos conocido en Londres, me pidió que le enviara un libro. Opté por utilizar el Chronopost, lo más lujoso y caro en materia de paquetería. El 12 de julio de 2006, miércoles, pagué treinta y cinco euros para que el libro llegara en 24 horas, y nos fuimos de vacaciones. Un mes más tarde, el libro seguía sin llegarle a Sebastián. Una de las ventajas del Chronopost-Paccocelere Internazionale consiste en que se puede seguir, a través de internet, el itinerario del paquete. Lola entró en la página correspondiente y comprobó que el libro había salido de Roma el 14 de julio, pero no hacia Madrid, sino hacia París; desde allí había viajado a Madrid, pero, por razones misteriosas, el 17 de julio se había trasladado a Bruselas, donde se comprobó que la dirección era incorrecta; lógicamente, el libro había sido enviado a una oficina postal alemana, que a su vez lo había reexpedido a Estados Unidos, más concretamente a Wisconsin, el 7 de agosto.

Lola escribió un correo electrónico a los coordinadores del periplo:

«Gentili Signori:

Vi informo che il paccocelere internazionale ZAooo 483591IT accettato in ufficio postale il 12.07.2006 non é arrivato a suo destino, Madrid. Invece si trova “in giacenza” negli Stati Uniti dal 7.08.2006. Vi ringrazio in anticipo per la vostra cortesia e disponibilitá», etcétera.

No transcribo la respuesta por entero, porque ocuparía un capítulo completo. Una sola frase: un anónimo funcionario le pedía a Lola un número de teléfono «*per eventuali necessità di chiarimenti sulla sua problematica*». Ah, la problemática. El paquete llegó en octubre, pero no a Madrid, sino, tras una sosegada estancia en Finlandia, a nuestro domicilio en Roma. Lo trajo un cartero muy amable que nos pidió treinta y cinco euros. Le hicimos notar que ya habíamos abonado los treinta y cinco euros en julio, y el amable cartero sonrió: «Ya, pero ustedes pagaron por un envío simple, y este paquete se ha recorrido medio mundo». Pagamos, ya lo creo que pagamos. Valía la pena, por disponer de un certificado que acreditara el asombroso periplo. Y por recuperar el pobre libro, tan viajado él.

Conviene saber que los romanos avisados utilizan la oficina de Correos del Vaticano, en la misma Piazza San Pietro. El correo vaticano es gestionado por el servicio de correos suizo. El envío tiene que pasar por Suiza, pero, si hay prisa, siempre es mejor Zúrich que Wisconsin.

Francia tiene a Albert Camus. Italia, a Leonardo Sciascia. Ambos fueron, y son, la conciencia de muchos. Hablamos de personajes complejos, porque no existe la conciencia fácil. Sciascia era siciliano y tan enemigo de la mafia como del negocio antimafioso. De él, ahora, nos interesa una frase que define la política italiana: «Italia es un país sin verdad». Debemos recordar estas palabras, porque sin ellas nos perderíamos en el laberinto.

En general, se da por supuesto que el antiguo régimen democristiano, surgido en la inmediata posguerra gracias a un pacto entre el Vaticano, las fuerzas conservadoras y los restos aprovechables del fascismo, con la aquiescencia de la oposición comunista, se hundió entre 1992 y 1993 en un marasmo de corrupción y caciquismo. Y que de ahí surgió un fenómeno nuevo, encarnado en Silvio Berlusconi. Considero inexacta esa interpretación, porque en Roma, y en Italia, no aparecen novedades: el laberinto es circular y el principio y el final están en el mismo punto.

Para entrar en materia, si no tienen inconveniente, les contaré la historia de un crimen familiar que enlaza el pasado con el presente. Es la historia de los marqueses Casati Stampa.

Camillo Casati Stampa di Soncino, descendiente de nobles longobardos y con un árbol genealógico que se remontaba hasta un milenio atrás, tenía treinta y un años en 1958. Tenía también una vivienda de lujo en Roma, otra en Milán, siete fincas con coto de caza, un castillo en Cusago, una casa de verano en la isla de Zannone y, como joya del patrimonio inmobiliario, una residencia palaciega en Arcore, cerca de Milán, con más de diez mil libros antiguos y una pinacoteca de valor incalculable. Tenía una esposa, una bailarina napolitana llamada Letizia Izzo, con la que se había casado en 1950. Y una hija, Annamaria, de siete años.

Anna Fallarino, nacida en 1929 en un pueblecito cercano a Nápoles, carecía de abolengo. Pero era muy guapa. Se había establecido en Roma al acabar la guerra, para buscar fortuna como fuera. Trabajó en una peluquería y en una tienda de moda femenina, desfiló como maniquí en algunas pasarelas y consiguió un brevísimo papel de figurante en una de las películas más infames de Totó, *Tototarzan*, en la que participaba otra *starlette* que se hacía llamar Sofia di Lazzaro y luego cambió el nombre por el de Sofia Loren. Contrajo matrimonio en 1950, el mismo año que el marqués Casati Stampa, con el ingeniero Giuseppe Drommi. La pareja no tuvo hijos.

Se ignora cómo se conocieron el marqués Casati Stampa y la bella Anna Fallarino. Corrado Augias, en su libro *Secretos de Roma*, sugiere que ambos se enamoraron en Cannes durante una fiesta que acabó en trifulca: el célebre playboy Porfirio Rubirosa intentó seducir a Anna, el marido de Anna empujó a Rubirosa, éste

le noqueó de un puñetazo y el marqués, con mayor o menor fortuna, terció en la pelea. Lo único seguro es que la relación entre Anna y el marqués comenzó en 1958.

El marqués Casati Stampa poseía una fortuna prácticamente ilimitada y estaba emparentado con buena parte de la aristocracia negra, la nobleza romana, reaccionaria y ociosa, que durante siglos había constituido la corte de los papas y engendrado cientos de cardenales. Cuando uno es rico y sabe manejar los recursos vaticanos, se pueden hacer milagros: el marqués consiguió, en sólo un año, que tanto su matrimonio como el de Anna fueran declarados nulos por el tribunal eclesiástico de la Rota. El ingeniero Drommi desapareció de escena, cabe suponer que provisto de una indemnización suficiente, y Letizia Izzo aceptó el arreglo de la anulación a cambio de una generosa pensión vitalicia y de un puesto en el fastuoso panteón familiar de los Casati Stampa, uno de los más notables monumentos fúnebres del norte de Italia.

Anna y el marqués se casaron en 1959. Resulta improbable que fueran felices en algún momento, aunque nunca se sabe. El marqués de Casati Stampa sólo disfrutaba del sexo por persona interpuesta: le gustaba que su esposa fornicara con jóvenes desconocidos, mientras él fotografiaba, filmaba y anotaba en su diario. Algunas de sus anotaciones: «En el mar con Anna. He inventado un nuevo juego. La he hecho rodar por la arena, luego he llamado a dos soldados de aviación y les he hecho limpiar con la lengua cada grano sobre su piel»; «Hoy Anna ha hecho el amor con un recluta, me ha costado treinta mil liras, pero ha valido la pena»; «Me gustas cuando estás en la cama con otro, siento que te amo aún más».

El marqués tomó más de mil quinientas fotografías de esos encuentros y de su esposa en poses más o menos pornográficas. Algunas de ellas pueden verse en internet.

La relación fue tirando hasta que Anna conoció a Massimo Minorenti, un joven fascista, medio matón, medio gigoló, que aspiraba a montar un club nocturno. Minorenti frecuentaba la Piazza Euclide, en el barrio del Parioli, lugar de reunión de las pandillas de ultraderecha. La vivienda romana de los marqueses estaba también en el Parioli, el barrio «noble» de la ciudad. Era un ático con sobreático y unos «jardines colgantes» en el número 9 de Via Puccini. Anna y Massimo empezaron a frecuentarse y se enamoraron. Por primera vez, Anna tenía un amante para ella sola, lejos de la mirada de su esposo. El marqués sabía que la marquesa frecuentaba al muchacho, y no le gustaba: «Anna ha invitado a cenar a su amor con un amigo, me lo ha contado, pero creo que me oculta el habitual ochenta por ciento; qué lástima», escribió en su diario.

Anna era consciente de que el marqués soportaba cada vez peor sus amoríos con Massimo. El verano de 1970 fue tormentoso: Anna seguía complaciendo al marqués y accediendo a los encuentros sexuales con desconocidos, mientras mantenía con

Massimo una correspondencia llena de suspiros y procuraba citarse con él en cuanto tenía ocasión. El 27 de agosto, el marqués se fue a cazar después de documentar gráficamente un revolcón de Anna con un recluta en Fiumicino. El 29 llamó a su esposa y ésta le comentó que esa noche cenaba en el piso de Roma con Massimo y otros amigos. El marqués, celoso, amenazó con regresar y matarla. Anna y Massimo se refugiaron en casa de un conocido, pero el marqués les convenció para que volvieran al piso. Les dijo que deseaba hablar y aclarar las cosas.

Al día siguiente, 30 de agosto, el marqués Casati Stampa esperaba a su mujer y al amante en uno de los salones de la residencia. Escribió una última nota, dirigida a Anna: «Muerdo porque no puedo soportar tu amor por otro hombre. Debo hacer esto que hago. Perdóname. Y ven a verme alguna vez». El marqués había decidido suicidarse con uno de sus rifles de caza. Pero, a juzgar por los acontecimientos, en cuanto llegaron Anna y Massimo cambió de planes: el primer disparo, con postas de cazar jabalíes, fue para ella, en el pecho; los dos siguientes fueron para Massimo, que intentó parapetarse tras una mesa, en el hombro y en el pecho; luego el marqués volvió hacia el cuerpo de Anna y le destrozó el rostro con un quinto disparo; por último, apoyó el rifle sobre una butaca y se disparó a sí mismo bajo la barbilla.

Cuando llegó la policía, los agentes se extrañaron de que sobre el tórax del cadáver de Anna se hubiera extendido una sustancia blanquecina. Era silicona. La marquesa fue una de las primeras mujeres en Italia en colocarse implantes en los senos.

¿Y Annamaria? La hija del marqués y de su primera esposa tenía entonces diecisiete años y estaba internada en un colegio suizo. Camillo Casati Stampa di Soncino había establecido en su testamento que toda su fortuna fuera para su esposa, Anna, y la familia de ella se apresuró a reclamar judicialmente los derechos de herencia. La familia Fallarino estaba asistida por un joven abogado calabrés, Cesare Previti, simpatizante del fascismo. Los tribunales establecieron rápidamente que Anna había muerto antes que su esposo y, por tanto, no había llegado a hacerse acreedora de la fortuna familiar. Todo quedó en manos de Annamaria, la hija. Inmediatamente, el emprendedor abogado Previti cambió de bando y ofreció sus servicios a la heredera, que, huérfana (su madre había fallecido años atrás) e inocente, le aceptó como tutor.

En cuanto alcanzó la mayoría de edad, a los veintiún años, Annamaria se fue a vivir a Brasil y dio instrucciones al abogado-tutor Cesare Previti para que liquidara el patrimonio inmobiliario. Estableció por escrito que la villa de Arcore debía venderse sin las valiosas colecciones de libros y pinturas, y sin la finca circundante. Poco después, Previti le comunicó que había encontrado un comprador dispuesto a pagar un precio «fabuloso» por la villa: quinientos millones de liras. El comprador, eso sí, exigía quedarse también con la biblioteca, la pinacoteca y los jardines. Annamaria

aceptó. No sabía que quinientos millones de liras era lo que costaba un pisito. El pago de la casa se hizo a plazos y sin desembolsar una lira, sólo con acciones de filiales de la constructora Edilnord. Cuando la joven intentó venderlas, no encontró comprador y tuvo que ofrecérselas al nuevo propietario de la finca, quien pagó por ellas doscientos cincuenta millones de liras. Ése fue el precio final de una de las mansiones más espectaculares del norte de Italia. Previti le hizo otro «favor» a su presunta protegida: realizó el contrato de compraventa en escritura privada, por lo que durante los cinco años siguientes, hasta que se formalizó la escritura pública, Annamaria tuvo que pagar los impuestos que gravaban la propiedad.

En realidad, Cesare Previti no trabajaba para Annamaria, sino para el comprador, un empresario de la construcción llamado Silvio Berlusconi. En cuanto Berlusconi tuvo en sus manos la propiedad, la hipotecó por siete mil trescientos millones de liras, una suma un poco más próxima al valor real. Estableció en la finca de Arcore su residencia y contrató como secretario a un joven siciliano llamado Marcello dell'Utri. Este se estableció en Arcore y contrató a su vez como «mozo de caballerizas» a un tal Vittorio Mangano, que por entonces ya había sufrido condenas por estafa, extorsión y venta de artículos robados. Mangano pertenecía a la Cosa Nostra, lo sabía todo el mundo: era uno de los hombres de confianza del *capo* Pippo Caló. Después de dejar las caballerizas de Arcore cometió unos cuantos homicidios mafiosos por los que en 2000 fue condenado a cadena perpetua. Murió ese mismo año en la cárcel, por un tumor. En 2008, Berlusconi y Dell'Utri dijeron que Mangano había sido «un héroe».

Ya deben conocer, más o menos, la trayectoria de los protagonistas de esta historia.

Cesare Previti fue, con los años, abogado de Fininvest, el *holding* de Silvio Berlusconi, senador por Forza Italia y ministro de Defensa. Luego recibió varias condenas, entre ellas una a siete años de cárcel por corromper a un juez, pero sólo pasó unos días en prisión.

Marcello dell'Utri fue, con los años, socio de Berlusconi en Publitalia, fundador de Forza Italia y senador. Luego sufrió varias condenas, entre ellas una a nueve años de cárcel por cooperación con asociaciones mafiosas; a principios de 2010, sin embargo, sigue sin pisar la cárcel.

La historia del crimen del marqués Casati Stampa y del expolio al que fue sometida su hija retrata al Berlusconi treintañero, al joven e implacable magnate de la construcción. Otro bonito pasaje biográfico berlusconiano es el referido a la inspección fiscal a que fue sometida en 1979 la sociedad inmobiliaria Edilnord. Por entonces ya se hablaba, en los mentideros bancarios, de unos misteriosos cuatro mil millones de liras que habían engrosado el capital de Edilnord entre 1967 y 1975, y de otros diecisiete mil millones recibidos en 1977 como «préstamo» por Fininvest, el *holding* con el que Berlusconi controla sus numerosas empresas. Según *Il Cavaliere*,

ese dinero se lo prestó su padre, ejecutivo de un banco, recién jubilado. Nadie se lo ha creído nunca, porque los ejecutivos de los bancos (y hablamos en este caso de un ejecutivo medio, un supervisor de sucursales) no se jubilaban en esa época con un cargamento de oro. ¿Conexiones mafiosas? No hay pruebas de ello. Sí hay indicios sospechosos: entre 1968 y 1975, los años cruciales en que Edilnord pasó de pequeña sociedad constructora a gigantesca promotora de Milano-2, un barrio entero con 10.500 viviendas, Berlusconi era, oficialmente, un simple asesor de su empresa. Según los registros, los propietarios eran una serie de personajes anónimos y sin patrimonio, simples hombres de paja.

Hablábamos de la inspección fiscal de 1979. El encargado de realizarla fue el abogado siciliano Massimo Maria Berruti, capitán de la Guardia de Finanzas. Berruti no encontró nada anormal en las sociedades de Berlusconi. Al año siguiente, 1980, fue detenido y acusado de varios delitos, entre ellos el de recibir sobornos de Berlusconi. Le cayó, por ese delito concreto, una condena de ocho meses de arresto. No fue un problema para Berruti, porque dejó la Guardia de Finanzas y al poco tiempo empezó a trabajar para Berlusconi: asesor de Fininvest, directivo del Milan desde que fue adquirido por *Il Cavaliere* en 1986 y diputado de Forza Italia desde 1996 hasta hoy.

Berlusconi, sin embargo, no es sólo un tiburón de las finanzas, un magnate que corrompe jueces y paga lo que haga falta para estar por encima de la ley. También es un empresario eficiente. Los habitantes de Milano-2, su primera gran promoción, están encantados con la calidad de sus viviendas, con lo mucho que se han revalorizado y con las abundantes zonas verdes de la urbanización; en cada elección, Milano-2 vota masivamente por Berlusconi. Los aficionados del Milan tampoco pueden quejarse: con Berlusconi como propietario han ganado cinco copas de Europa y disfrutaron, entre 1988 y 1994, de un equipo, el dirigido por Arrigo Sacchi, con Van Basten, Baresi, Rijkaard, Gullit, etcétera, que en ese momento no tuvo rival en el mundo. Algo parecido puede decirse de las decenas de miles de empleados de Berlusconi, porque *Il Cavaliere* suele pagar bien y hace lo posible por evitar despidos. Sus empresas, por la vía legal o la ilegal, ganan dinero.

Cuando llegué a Italia, uno de mis primeros objetivos consistía, evidentemente, en conocer a Berlusconi. No tuve que hacer nada: fue *Il Cavaliere* quien se puso en contacto conmigo. No él en persona, claro, sino un emisario. Me correspondió Alain Elkann, un escritor culto, guapo y elegante que me recuerda, en cierta forma, a Solal, el personaje de Albert Cohen en *Bella del señor*, y que me cae simpático. Elkann es un tipo singular, hijo de un directivo de Christian Dior que presidió la comunidad judía de París y de una rica heredera turinesa, y sobrino de un banquero judío que fue fascista, antisionista y amigo de Mussolini y, pese a ello, acabó asesinado, junto a su mujer y sus hijos, por las tropas nazis. Elkann se casó en 1975 con Margherita

Agnelli, hija de Gianni Agnelli, presidente y propietario de Fiat, y tuvo tres hijos con ella: John, Lapo y Ginevra. El joven John es ahora presidente de Ifil, la sociedad patrimonial de la familia Agnelli, y heredero del imperio Fiat. Alain Elkann es, por tanto, un hombre con excelentes conexiones familiares.

Elkann me invitó a comer en un pequeño restaurante de la Piazza de San Ignazio, cerca de la sede del Ministerio de Cultura, donde ostentaba un cargo discreto que compatibilizaba con la dirección del Museo de Antigüedades Egipcias en Turín. No voy a revelar la conversación, porque el *off the record* rige para siempre, pero su argumento a favor de Berlusconi fue el que más escuché después entre sus seguidores: la alternativa a *Il Cavaliere*, la izquierda, resultaba mucho más temible. Hubo ocasión de comprobarlo entre 2006 y 2008, cuando gobernó una amplia coalición de izquierda dirigida por Romano Prodi. Esos dos años, en los que Prodi tuvo que lidiar con ministros que no sentían reparo en manifestarse los fines de semana contra el Gobierno del que formaban parte, con una mayoría parlamentaria incapaz de ponerse de acuerdo consigo misma y con su propia incapacidad para dirigir el país, fueron un desastre. Un desastre más decente que cualquiera de los protagonizados por Berlusconi, entiéndase, pero tan ineficiente que daba angustia verlo.

Elkann me ofreció una entrevista con Silvio Berlusconi, que entonces presidía el Gobierno, pero con una condición: que el resultado fuera «positivo». No hubo acuerdo, y nunca tuve una entrevista con Berlusconi. Pero sí comí con él de vez en cuando, en compañía de otros periodistas, y comprobé que se trata de un hombre personalmente simpático y deseoso de agradar, en algunos momentos dotado de una vis cómica casi irresistible.

Una vez escribí un reportaje sobre Vila Certosa, la residencia de Berlusconi en Cerdeña, más tarde célebre por las fotos que reflejaban presuntas orgías junto a una de las piscinas. Vila Certosa tiene un anfiteatro griego, muchas piscinas, un volcán artificial que funciona con mando a distancia y que atormenta a los bomberos de la isla (cada vez que entra en erupción, algún vecino remoto lo confunde con un incendio forestal), una de las mejores colecciones mundiales de cactus, repartidores de pizza y helados y otras amenidades similares. En 2004, a Berlusconi le apeteció incorporar una entrada secreta para sus barcos, un túnel inspirado en las fabulosas residencias marítimas de los malvados de las películas de James Bond, y conté la novedad. Paolo Bonaiuti, portavoz de Berlusconi, me telefoneó muy irritado y me acusó de poner en peligro la seguridad del presidente del Gobierno. Tras unos cuantos gritos, me invitó a comer al día siguiente. Las cosas berlusconianas suelen acabar así, con una invitación a comer y con veladas ofertas de cooperación. Cuando esa cooperación no se acepta, como fue mi caso (yo era un corresponsal extranjero y no necesitaba hacer carrera en Italia, lo que me permitía no sentir siquiera tentaciones),

tampoco pasa nada: vuelve a ofrecerse más adelante. Casi todo el mundo acaba aceptando algún tipo de «cooperación amistosa» con dinero o favores de por medio. Berlusconi no ve a sus enemigos como enemigos, sino como futuros socios. Conoce el precio de la gente.

Desde el extranjero no suele comprenderse el éxito político de Silvio Berlusconi. Hay que remontarse muy atrás, al pasado lejano, para hablar del presente. Por ejemplo, a la inexistencia de Italia hasta 1870 y a una tradición política amasada con el poder teocrático del papa, que ejercía el mando a través de pactos inestables con los imperios continentales, España y Francia al principio, Francia y Austria más tarde. La interiorización de esos arreglos queda expresada en una popular frase romana: «*Francia o Spagna, purché se magna*». Que viene a decir: Francia o España, da igual con tal de que se coma. El poder, por tanto, se ve como algo transitorio y completamente ajeno.

Otro fenómeno de gran relevancia es el recelo frente al Estado, que se explica por dos motivos. Uno, la enemistad entre el Vaticano y el embrión decimonónico del Estado italiano, representado por la monarquía piemontesa de los Saboya: durante todo el siglo XIX, y hasta muy entrado el XX, ser patriota suponía enfrentarse al papa, rey de Roma y de los extensos territorios pontificios que ocupaban la franja central del país. Dos, la propia inseguridad del Estado, que, consciente de su flaqueza y de ser, como el papa, un títere de las potencias extranjeras, se desarrolló sobre una trama burocrática densa, casi insufrible, y sobre un sistema de lenguaje absolutamente oscuro, lleno de claves para iniciados y, en general, incomprensible.

¿Cómo se las arreglaron los italianos durante siglos y siglos de papismo, invasiones y artificios diplomáticos? Recurriendo al «campanilismo», el amor a lo propio (el *campanile*, el campanario de la iglesia del pueblo) y el desprecio a lo ajeno, que sigue vigente y sigue explicando muchas cosas, desde las rivalidades futbolísticas a la división entre norte y sur, y a la figura del *condottiero*. Los *condottieri* eran, en origen, los capitanes mercenarios al servicio de las ciudades-Estado italianas; como poseían las armas, se les identificaba con el poder, y la gente se acostumbró a obedecerles y seguirles. Por extensión, y dada la desconfianza del italiano frente a los poderes abstractos, se mantiene la devoción por el *condottiero*, que hoy es un líder político o económico, o simplemente vecinal. Benito Mussolini fue, en cierto sentido, un *condottiero*. Silvio Berlusconi, a su manera, también lo es.

Con frecuencia se afirma que en Italia manda la estética sobre la ética. En otro lugar hablamos de la equivalencia que el lenguaje italiano otorga a los conceptos «bello» y «bueno», y «feo» y «malo». Italia fue la cuna del fascismo y durante décadas contó con el Partido Comunista más poderoso de Europa occidental; tanto el fascismo como el comunismo ocultaban un horror ético (siempre pensaré, lo siento, que, al menos en teoría, fue más horroroso el fascismo) bajo una estética portentosa:

las masas, los desfiles, los símbolos, los colores, desplegados en iconografías irresistibles. Sospecho que fue el aspecto estético de ambas ideologías lo que sedujo a los italianos. Cabe deducir, en cualquier caso, que en Italia hay que tener siempre en cuenta el valor de la *bellezza* en política. Y en lo demás.

Otro concepto importante, que enlaza con la fundamental definición de Sciascia («un país sin verdad»), es la *dietrologia*, la ciencia de lo que está detrás. Detrás de cada acontecimiento, de cada cambio político, de cada explicación oficial, existe, según muchísimos italianos, algún tipo de conspiración, una trama oculta que consigue hacer pasar como accidental algo largamente planeado. Podría pensarse que se trata de paranoia colectiva; en este caso, creo que se trata más bien de perspicacia. Dicen que la paranoia es la fe en un orden oculto tras el caos visible, y esa definición se ajusta como un guante a la *dietrologia*.

Abundan los argumentos que aconsejan no desdeñar la *dietrologia*: desde el pacto del ejército estadounidense con la mafia para la invasión de Sicilia hasta la implicación de los servicios secretos italianos en los atentados más mortíferos de los «años de plomo»; desde la existencia de una logia masónica secreta que aspiraba a dominar el país, la Propaganda-2 o P-2 (uno de cuyos miembros fue Berlusconi), a la creación de una red militar clandestina, llamada Gladio, destinada a protagonizar una insurrección en caso de victoria electoral de los comunistas; desde el descubrimiento de que las quinielas estaban amañadas (el escándalo del *Totocalcio*, en 1980) hasta la constatación de que la liga de fútbol estaba dirigida por Luciano Moggi, director deportivo de la Juventus de Turín (el *Moggigate*, en 2005).

En Italia, ya lo habrán notado, los grandes procesos judiciales suelen acabar en agua de borrajas: los sumarios prescriben, las pruebas desaparecen, las apelaciones se eternizan. Como resultado, nadie es culpable y nadie es inocente. Por tanto, nada es verdad ni es mentira. Ahí tienen a Berlusconi como prueba viviente.

El complemento de la *dietrologia* es el *grande vecchio*, un presunto personaje que, desde la sombra, mueve los hilos de todas las tramas.

Frente a esta inmensa desconfianza, frente a la convicción de que alguien oculto maneja Italia a su antojo, frente al lenguaje críptico de la política tradicional, surge Silvio Berlusconi como «novedad». Da igual que financiara a la antigua casta partitocrática de la era democristiana y que ejerciera como poder en la sombra durante los felices ochenta del socialista Bettino Craxi, encarnación suprema de la corrupción y el dinero fácil; da igual que haya recuperado las viejas muletas electorales del fascismo y el catolicismo; da igual que se haya relacionado con la mafia y con organizaciones tan siniestras como la logia P-2. Berlusconi ha sabido presentarse como el hombre nuevo, el hombre enviado por el destino para regenerar Italia devolviéndola a su esencia eterna, es decir, al pasado.

Berlusconi es, en el imaginario de sus partidarios, un *condottiero*, no un

politicastro al servicio de intereses superiores; es alguien que opera a la luz del día, no un *grande vecchio* que conspira en secreto; es alguien que habla con claridad y dice lo que piensa, a diferencia de la clase política convencional; es un esteta que recurre continuamente a la cirugía estética para rehacerse el rostro y la cabellera (los pelos que cubren su calva proceden del cogote de su hermana) y se rodea de cosas bellas y mujeres guapas (el machismo mantiene una notable vigencia); es, además, un hombre riquísimo que no se deja corromper, sino que corrompe, lo cual le evita presiones y garantiza la fiabilidad de sus promesas.

Luego las cosas son como son, y Berlusconi es como es. Su mensaje político es pura fantasía, un cóctel de mesianismo, victimismo y farsa con los que comparece ante los ciudadanos (con bastante éxito) como «ungido del Señor» y «simple hombre de la calle acosado por los poderes fácticos». Estas dos frases entrecomilladas han sido dichas por el propio Berlusconi. Tal vez resulte útil caricaturizar su discurso para comprender su esencia. En una ocasión, confeccioné para una revista un monólogo berlusconiano construido por completo con frases literales. Lo reproduzco a continuación, y juro que cada una de las palabras y de las frases ha sido pronunciada por *Il Cavaliere*:

«Quiero empezar saludando a los asistentes a esta Cumbre contra el Hambre, y muy especialmente a las bellísimas delegadas. Soy el ungido del Señor. Cargo con la cruz, aunque no me gusta mucho hacerlo. Y cada año practico un retiro espiritual, en las Bermudas. El referéndum, sépanlo, será un juicio de Dios. Y beberé el amargo cáliz de volver a gobernar. Vivo bajo el terror de un Estado policial. Acusarme a mí de corrupción es como acusar a la Madre Teresa de Calcuta. También Jesús fue traicionado, y yo no soy mejor que Jesús. Por supuesto, soy éticamente superior a cualquier otro político europeo. Estoy en contacto permanente con la Divinidad. He escrito las tablas de la ley, como Napoleón o Justiniano. A veces noto que me asalta un complejo de superioridad, pero entonces me digo: menos mal que soy yo. Soy el único italiano que escribe sambas en napolitano. Soy pobre. Mis hijos lloran. Me han envenenado con armas bacteriológicas. Nunca salgo en televisión. Mi vida está llena de sacrificios. ¿Saben que Margaret Thatcher me dijo que habríamos hecho una gran pareja?».

Recuerden a Leonardo Sciascia: «Italia es un país sin verdad».

Una tarde, yendo hacia mi oficina en *La Repubblica*, vi a un chaval que forcejeaba con la puerta de un coche en el aparcamiento de la estación de Termini. Dos *carabinieri* se acercaron al chaval por detrás, le agarraron de los brazos y le esposaron con las manos a la espalda. No era nada, una simple estampa ciudadana. Pero soy de los que por no ir al trabajo están dispuestos a entretenerse con cualquier cosa, y me quedé observando.

Uno de los agentes se alejó y el otro, con el detenido, se encaminó a la comisaría de la estación. Iban andando cuando sonó un móvil, el del *carabiniere*. Se lo acercó al oído y dijo «*ah, sí, mamma*», al tiempo que dirigía un gesto de disculpa al joven revientacoches. El chaval asintió, comprensivo, y permaneció a la espera, mirando alternativamente el cielo y sus zapatos, mientras el *carabiniere* recibía de su madre lo que, por las muecas, interpreté como una reprimenda. Al cabo de unos minutos colgó y pidió disculpas al detenido:

—*Scusami, lo sai come sonno le mamme...*

—*Lo so, lo so, signor carabiniere, per carità...* —respondió el preso, con un gesto de infinita comprensión.

Roma tiene estas cosas: instantes dulces de comedia antigua, escenas que deberían transcurrir en blanco y negro. No conozco a ningún español que se haya instalado en Roma en estos últimos años y haya podido evitar la sensación de haber viajado atrás en el tiempo, hasta los años sesenta. Dicho así, el comentario podría sonar negativo. No lo es. Uno lamenta volver a los sesenta cuando tiene que tratar con un banco (bastantes oficinas, sobre todo en el sur, permanecen ajenas a la informática), con la administración pública o con el servicio de Correos, pero no en otras ocasiones.

Lo de las madres italianas será un tópico, pero resulta rigurosamente cierto. Juan Lara, periodista de la agencia Efe y experto vaticanista, vivió una de esas situaciones maternas. Viajaba en autobús y en una parada el conductor dejó su asiento para dirigirse a los viajeros. Les explicó que su madre estaba enferma y vivía cerca de allí. ¿No les importaría que se desviara un momento de su ruta para visitarla? El pasaje, al parecer, no puso objeciones. El autobusero dejó su ruta, condujo hasta el domicilio materno, aparcó delante del portal (en doble fila, por supuesto) y subió a hacer la visita, mientras la clientela esperaba en su asiento o fumaba un pitillito en la puerta. Un cuarto de hora más tarde, con el deber cumplido, el conductor regresó y dio las gracias al personal por su paciencia. El personal, a su vez, le premió con un aplauso: madre no hay más que una.

En 1964, el ilustre periodista Luigi Barzini (1908-1984) escribió, en inglés, *The*

italians, un libro que en algunos aspectos sigue siendo muy útil. Barzini afirmaba que «la familia italiana es la única institución fundamental en el país», y ofrecía algunas explicaciones: «No resulta sorprendente que los italianos, viviendo, como siempre lo han hecho, entre la inseguridad y los peligros de una sociedad desordenada e impredecible, figuren entre aquellos que encuentran refugio tras las paredes del hogar». Y agregaba una curiosa teoría: «Los italianos son, en muchos sentidos, parecidos a los judíos: los judíos tienen la misma actitud práctica y desencantada; forman parte de esa gente, escasa, capaz de reírse de sus propias manías; mantienen una notable desconfianza respecto a las más nobles intenciones de los demás y siempre buscan los motivos concretos que se ocultan tras ellas».

Barzini, que había vivido en Nueva York y se alineaba entre las siempre numerosas, y en Italia siempre impotentes, filas de los reformistas, extraía una conclusión ácida. Según él, la familia italiana «fomenta activamente el caos en muchos sentidos, en especial porque hace inútil el desarrollo de instituciones políticas fuertes».

Cuando Luigi Barzini escribió *The italians*, en Italia no existía el divorcio. Barzini consideraba imposible que llegara a legalizarse algún día. Ahora sí existe, y se registran unos 80.000 al año (en España superan los 140.000). También es legal el aborto, con limitaciones similares a las de otros países de la Europa occidental. La familia, sin embargo, sigue siendo especial en Italia. Está cambiando, por supuesto. Eso lo decía ya Barzini hace casi medio siglo, lo digo yo ahora y lo dirán muchos otros dentro de cincuenta años: Italia cambia, pero no deja de parecerse a sí misma.

La figura central, aunque no la más visible, de la sociedad italiana es la *mamma*. Es ella quien se encarga de perpetuar la italianidad de Italia y la romanidad de Roma. Para empezar, la *mamma* vela para que su hijo se convierta en un buen *mammone* (no confundir con el castellano «mamón»), un ser feliz, despreocupado, con ese brillo juguetón en los ojos que caracteriza al italiano de género masculino, perennemente ligado al regazo materno y, por sublimación, más o menos devoto de alguna Virgen católica. En determinados casos, el crío crecerá y se convertirá en *vitellone*, el hombre casi cuarentón que no deja el hogar familiar y disfruta de una existencia relativamente ociosa. Eso también ocurre, cada vez más, en España, pero aquí no tenemos una palabra tan expresiva como *vitellone*, algo así como «ternerón», para definir el fenómeno. En otros casos, la gran mayoría, el crío crecerá y formará su propia familia, dentro de un esquema típicamente semimatriarcal: la mujer manda dentro, y el hombre, fuera.

Estamos, claro, generalizando, como suele hacerse cuando se habla de un país entero. En Italia hay personas y familias para todos los gustos. Siguiendo con la generalización, el norte viene a parecerse más a las sociedades centroeuropeas y el sur es más mediterráneo, lo que, para lo que nos ocupa, significa que se acerca mucho

al estereotipo de lo italiano. En ese sentido, Roma pertenece al sur.

Giuseppina, la portera de Palazzo Massimo, nuestra primera residencia en Roma, era un buen ejemplo de *mamma*. Giuseppina, en realidad, no era la portera. El portero era el marido, casualmente llamado Massimo. El pasaba las jornadas de buen tiempo en el portal, contemplando el ir y venir de la gente por Corso Vittorio; en invierno se recluía en su garito y observaba el ocasional ir y venir de los vecinos por el *cortile* renacentista. Giuseppina hacía todo lo demás, es decir, todo. Trabajaba limpiando apartamentos, entre ellos el nuestro, se ocupaba de su casa y del hijo, Alfonso, que tenía diez años la última vez que nos vimos, y no consideraba que la pasta fuera algo que se comprara en el supermercado, sino algo que uno amasa personalmente. Eran de Avelino, cerca de Nápoles. Lola, mi mujer, enseñaba inglés al chaval, un crío tímido y con unos modales exquisitos para los tiempos que corren. Conviene recalcar que la *mamma* mimaba de forma desmesurada a sus hijos, en especial los varones, pero no renuncia a su autoridad. Los italianos gozan, en ese sentido, de una buena educación doméstica.

Roma es un buen lugar para un niño. En ciudades como Londres, los crios son un estorbo. En Roma son un tesoro. Se les trata bien en cualquier parte.

Llevaba poco tiempo en la ciudad cuando Rubén Amón, el corresponsal de *El Mundo*, se trasladó a París, y fue sustituido por Irene Hernández Velasco. Irene había trabajado hasta entonces en Londres y no había dejado con demasiada alegría su puesto británico. Eso la condujo a desarrollar una instantánea fobia hacia lo romano. Me telefoneó y nos citamos cerca de Piazza Navona, en el Caffé della Pace, un establecimiento delicioso. Los agentes inmobiliarios suelen llevar ahí a sus clientes, porque en ese entorno se acaba firmando lo que sea: lo sé porque yo firmé allí mi contrato para alquilar, por una suma ligeramente inferior al presupuesto nacional de Honduras, el apartamento de Palazzo Massimo.

Pensé que valía la pena mostrarle a Irene que Roma, pese a las dificultades iniciales, ofrecía dosis de belleza casi adictivas. Si uno no se enamora de Roma sentado en la terraza del Caffé della Pace, más vale que deje de intentarlo. Charlamos y mientras yo insistía en las ventajas, ella insistía en los inconvenientes.

Irene se convirtió en una grandísima amiga, una compañera habitual en los descubrimientos romanos. Evidentemente, no tardó en comprobar que Roma poseía un encanto extraordinario y que era un buen lugar para criar un niño. Su hijo, Manuel, nació mientras moría Juan Pablo II. El primer regalo que le hice fue una enorme camiseta del Inter, aunque me temo que mi proselitismo careció de éxito: Manuel, que ya va a la escuela, se ha hecho amigo de un compañero napolitano y sólo habla del Nápoles, que él pronuncia como se debe, «*Náppuli*»; en fin, nadie es perfecto.

Irene todavía piensa a veces en Londres. Hace sus planes, sueña con retirarse allí,

y especula, como hemos hecho otros, sobre si en Londres se puede vivir del aire. Pero no quiere irse de Roma. Manuel tampoco.

Mario Monicelli, para mí el mejor director de cine italiano, disfruta evocando una de las grandes frases de Alberto Sordi. Cedo la palabra a Monicelli: «Una tarde le comenté que, visto lo mucho que trabajaba, había seguramente ahorrado un montón de dinero, al menos mil millones de liras, quizá mil quinientos. Sordi me respondió: “¿Tú estás loco? Más, mucho más”. “Y entonces ¿por qué no te casas, por qué no fundas una familia?” El me ¿salió con esta frase, completamente espontánea: “¿Y qué quieres que haga, que meta a una extraña en casa?”». Es una de las más mezquinas definiciones del matrimonio, pero no es de las más descabelladas: meter a una extraña, o a un extraño, en casa. En cualquier caso, la frase define sobre todo a Sordi: tacaño, egoísta, desconfiado, cobarde. Sordi fue esas cosas. Y, además, fascista. También fue, a su manera, un tipo maravilloso. Y encarnó como nadie la romanidad. Sordi fue Roma.

Valdría la pena pasar unos años estudiando italiano, y luego olvidarse un poco de él y adentrarse en el romanesco, sólo para escuchar a Alberto Sordi. La ciudad hablaba con su voz. Cuando filmó *Ladrón de bicicletas*, Vittorio de Sica (que como Anna Magnani y el propio Sordi había comenzado en la revista ligera romana) eligió a Albertone para un papel exclusivamente vocal: es la voz del vendedor de bicicletas en el mercadillo popular de Porta Portese.

Sordi nació en 1920 en el Trastevere y cantó en el coro infantil de la Capilla Sixtina. Eso marca. Quiso estudiar arte dramático en Milán, pero le expulsaron de la escuela por su exagerado acento romano. Fue la voz italiana de Stan Laurel (*El flaco*), cosa comprensible; también fue la voz italiana de Robert Mitchum, cosa mucho menos comprensible. Además de hacer doblaje, ejercía por las noches como cantante y bailarín de revista. Y durante la Segunda Guerra Mundial formó parte de una banda de música del ejército fascista, como virtuoso de la mandolina. Eso también marca.

Fue un gran admirador de Mussolini y no lo ocultó años más tarde, cuando resultaba incómodo: «Mussolini se convirtió en el padre de los italianos y los vistió de uniforme porque, como cualquier padre de familia, no quería ver los defectos de sus retoños. Distribuyó a los jóvenes en diversas ramas institucionales que les proporcionaban todo lo que les hacía falta: la salud, el deporte, el estudio, el trabajo. Desecó los terrenos pantanosos e hizo todo cuanto aún se ve en las ciudades: el Foro Itálico, las escuelas, los barrios para pobres, el cine. Para mí, quizá porque coincidió con los años de mi adolescencia y mi primera juventud, aquélla fue una época bellísima, despreocupada, una especie de largo y dulce sueño. El antifascismo de aquel periodo estaba representado tan sólo por políticos que querían alcanzar el

poder, mientras el ciudadano, el pueblo italiano, era fascista, es decir, se adecuaba al régimen y no se sentía descontento, al menos hasta que, sin darnos apenas cuenta, nos encontramos todos con un fusil en la mano». En el caso de Sordi, con una mandolina.

Albertone tardó en alcanzar el éxito. Tenía ya treinta y tres años cuando rodó dos películas con Federico Fellini, *El jeque blanco* e *I vitelloni*. Inmediatamente después de acabar *I vitelloni* trabajó con Steno (Stefano Vanzina), un gigante de la comedia apenas conocido fuera de Italia, que le dirigió en *Un giorno in pretura* (Un día en el juzgado). Sigue siendo una película divertida, pero el gran mérito de Steno consistió en permitir a Sordi que creara, con plena libertad, uno de sus mejores personajes: Nando Mericoni. Su impacto popular fue tan grande que Steno y Sordi recuperaron a Mericoni al año siguiente, 1954, como protagonista de *Un americano en Roma*.

Nando Mericoni, trasteverino como el propio Albertone, fue la primera caricatura sordiana, absolutamente feroz, del romano medio. Mericoni era arrogante con los débiles y servil con los poderosos, mentiroso, gandul, oportunista, gorrón. Y se empeñaba en ser americano. Ese es un rasgo que no ha cambiado desde *Un americano en Roma* y desde que Renato Carosone, en 1956, compuso *Tu vuo' fa' l'americano*: el romano, el italiano en general, es incapaz de decir cuatro frases sin soltar alguna palabra inglesa, pronunciada de forma extremadamente discutible. Para satisfacer esa pasión llega a prescindir de algunas de las más bellas palabras italianas. En gran parte del mundo se utiliza, para definir algo que va en aumento, la palabra *crescendo*. En Italia, no. Un italiano preferirá la inglesa *scalation*.

En 1959 Sordi protagonizó *El moralista*, otra sátira del italiano medio, hipócrita y sin más ideología ni principios éticos que sus intereses inmediatos, y uno de los grandes pelicolones de todos los tiempos: *La gran guerra*, de Mario Monicelli. *La gran guerra*, con Vittorio Gassman como soldado milanés y Sordi como soldado romano, también caricaturizaba al italiano. Lo hacía, sin embargo, mostrando sus dos caras, la cómica y la trágica, la cobarde y la valiente: los soldados Jacovacci y Busacca, un par de inútiles capturados por los austríacos, están dispuestos a traicionar a su país y pasar información al ejército enemigo con tal de salvar la vida, pero no soportan el insulto de un oficial y se dejan fusilar por puro orgullo.

Sordi siguió caricaturizando en películas como *El médico de la mutua*, *Il vigile* o *El taxista*. Como director podría ser calificado de normalito, si no hubiera filmado *Néstor, el último viaje*: uno de los homenajes más bellos, duros y emotivos que se le han hecho a Roma. Para mí, Sordi alcanza en esa película el nivel del mejor Vittorio de Sica. Cuenta la historia de un viejo conductor de carrozas cuyo caballo, Néstor, no puede ya con su alma. El dueño de la carroza vende el vehículo a los estudios de Cinecittà y el conductor intenta salvar del matadero al caballo, al que considera un amigo. Al final no lo consigue. Las escenas del matadero son terribles, casi insoportables, y poca gente se animó a ver la obra. Lástima.

Se ha discutido mucho sobre dónde acababan las caricaturas de Sordi y dónde empezaba el propio Sordi. La cuestión es compleja, porque Albertone, que vivía con su hermana y su secretaria, gastaba poco, creía más en los curas que en los políticos y consideraba que Italia no tenía remedio, se parecía bastante a sus personajes. El gran debate, sin embargo, se centra en una pregunta: ¿por qué Sordi no tuvo éxito en el extranjero? Los grandes actores italianos (Vittorio Gassman, Marcello Mastroianni), por no hablar de actrices como Anna Magnani o Sofía Loren, se convirtieron en ídolos internacionales. Sordi, no. Uno de sus biógrafos, Goffredo Fofi, ofreció una explicación: «Sordi es irrecuperable, es malvado, es nuestro yo oculto, es nuestro código extremo, es nuestra auténtica realidad. Sordi expone nuestro horror y nos libera de nuestro horror. Se podría añadir: Sordi es un cómico catártico, mientras los otros no lo son; los otros quieren gustarnos y nos gustan, mientras Sordi camina en dirección contraria: no quiere gustarnos ni complacernos, se diría que quiere disgustarnos».

Pier Paolo Pasolini, que fue un admirador declarado de Sordi, escribió un artículo sobre el asunto: «Veamos: en el fondo, el mundo de Anna Magnani es, si no idéntico, parecido al de Sordi: los dos romanos, los dos populares, los dos dialectales, profundamente teñidos de un modo de ser particular, el modo de ser de la Roma plebeya. Y, sin embargo, la Magnani ha obtenido tanto éxito fuera de Italia [...] Alberto Sordi, no. Parece intraducible. Es como una canción popular que no se puede transcribir. Lo vemos, lo escuchamos, lo disfrutamos nosotros, en nuestro mundo particular».

Pasolini seguía: «¿De qué tipo es la risa que suscita Alberto Sordi? Pensadlo bien un momento: es una risa de la cual uno se avergüenza un poco». La suya es «la comicidad que nace de la fricción, con la variopinta y estandarizada sociedad moderna, de un hombre cuyo infantilismo en vez de producir ingenuidad, candor, bondad, disponibilidad, ha producido egoísmo, cobardía, oportunismo, crueldad. Es una desviación del infantilismo».

El propio Sordi, que definía Italia como «trágica al veinticinco por ciento, cómica al setenta y cinco por ciento», tenía una definición sobre su humor: «En mis películas me limito a expresar las inquietudes de todos nosotros, es decir, el pesimismo».

Alberto Sordi murió unos meses antes de que yo llegara a Roma. No pude conocerle. Durante la noche del 24 de febrero de 2003 falleció en su casa, a causa de una enfermedad pulmonar. Su cadáver fue trasladado al Ayuntamiento, en el Capitolio, para recibir el homenaje de cientos de miles de personas. Uno de los primeros en acudir fue el presidente de la República, Carlo Azeglio Ciampi: «Sordi supo interpretar los sentimientos de los italianos», dijo Ciampi, «sobre todo en nuestros momentos más difíciles y duros». El 27 de febrero se celebró su funeral en la catedral de San Juan de Letrán. Medio millón de personas acudieron a despedirle.

Ese domingo, los jugadores de la Roma y de la Lazio lucieron un brazalete negro como signo de duelo.

Es muy difícil pasar en taxi por las Termas de Caracalla y la Piazza de Numa Pompilio sin que el taxista señale hacia lo alto de una colina y salude: «*Aó, la casa d'Albé*». Yo también lo hago cuando paso cerca de aquella villa donde vivió Sordi: «*Aó, la casa d'Albé*».

Hablábamos de Alberto Sordi. Si esto, en lugar de un libro de papel, fuera un libro digital, pondría aquí un fragmento de *Il marchese del Grillo*, una de esas comedias cínicas y amargas que fabricaban Monicelli y Sordi. En concreto, la escena de la taberna, en la que el marqués, Sordi, invita a una cortesana francesa a comer un buen plato de *rigatoni con la pajata*. Cuando la cortesana, relamiéndose, pregunta al marqués en qué consiste la *pajata* (léase «*pagliata*», o sea, más o menos «*pallata*»), éste responde con tres palabras: «*Mmerda, é mmerda*».

Y es cierto. Es mierda, literalmente.

La cocina romana suele basarse en productos muy pobres. Históricamente, los papas y la aristocracia negra comían determinadas cosas y la gente, otras cosas muy distintas. La aparición de la burguesía es reciente. No hubo, como en Francia, una revolución que empujara a los cocineros de la nobleza a abrir restaurantes, y la ciudad nunca anduvo sobrada de dinero. En conclusión, el pueblo romano se acostumbró a vivir del «quinto cuarto» (visceras, rabos, etcétera, el material cárnico más barato), de pasta, de verduras y, de vez en cuando, algo de pescado.

Volviendo a la *pajata*, se trata simplemente de intestino de cordero lechal. Ocurre que el intestino no se limpia: se deja en el interior el excremento, de origen lácteo y con un sabor vagamente agrio, no muy distinto al del requesón. Está rico. Pero es mierda.

En La Matricianella, que está en Via del Leone, entre la Piazza di San Lorenzo in Lucina y la embajada española ante la República Italiana (no confundir con la embajada ante la Santa Sede, en Piazza di Spagna), sirven a veces *pajata*. En la carta siempre hay sesos y mollejas (*fritti romani*), hígado, riñones, rabo (*coda alia vaccinara*) y esas cosas, que a alguna gente le dan grima. Con mi amigo Pedro Jesús Fernández, escritor y consejero de información de la embajada, nos regalábamos de vez en cuando un festín de casquería en La Matricianella, rematado con una *grappa bianca*. Lo aconsejo vivamente.

Los españoles solemos quejarnos de que la pasta, en Italia, está dura. No tenemos ni puñetera idea de cómo funciona la pasta. La *pasta asciutta*, la seca, ha de estar cocida *al dente*, es decir, debe ofrecer una ligera resistencia al mordisco: no sólo es más sabrosa, sino que se digiere mejor. En Roma se hace en potaje con garbanzos (*pasta e ceci*) o con condimentos humildes: *cacio e peppe* (queso y pimienta), *aglio e olio* (ajo y aceite), *grigia* (tocino frito con queso) y *amatriciana* (lo mismo, añadiendo tomate). También se consume *alla carbonara*, aunque desde hace poco. Esta receta tan tradicional la inventó algún romano en 1944 o 1945, aprovechando el huevo en polvo y el tocino que traían las tropas estadounidenses. Es muy posible que

el lugar del invento fuera el restaurante La Carbonara, en Campo dei Fiori.

Dos detalles eruditos: en Roma no se utiliza como tocino la *pancetta*, sino el *guanciale*, hecho con la carne que rodea la quijada del cerdo; el queso que se emplea es el pecorino local, no el parmesano o imitaciones.

Yo diría que Italia es el país del mundo en el que mejor se come. No abunda en restaurantes exquisitos, pero en casi cualquier parte se come bien, y, en las casas particulares, mejor que bien. Rossend Domènech, corresponsal de *El Periódico de Catalunya*, veteranísimo vecino de Roma y experto en la materia, asegura que la lista de verduras que aparece en la mayoría de los menús de los restaurantes romanos es una muestra de civilización y buen sentido. Igual que el asterisco que indica en la carta cuándo un alimento ha sido congelado.

Las verduras italianas, por cierto, son excelentes. Se trata, probablemente, de una consecuencia de los sistemas de distribución, anticuados y muy fragmentados. En lugar de languidecer en cámaras gigantescas y de moverse de acá para allá, en nombre de las economías de escala y de la eficiencia comercial, las verduras tienden a viajar en poco tiempo desde el huerto al mercado. En cuanto a las alcachofas, alcanzan un nivel sublime en Roma. El *carciofo romanesco*, violáceo y sin espinas, constituye una obra cumbre de la naturaleza. A la romana, rellenas de miga, ajo y perejil y hervidas, estas alcachofas están muy buenas; a la judía, aplanadas y fritas, están aún mejor. También se comen crudas, como las habas. La manera romana de celebrar la primavera es ir al campo para comer habas crudas con pecorino y costillas de cordero *scottadito* (quemadado), o sea, a la brasa.

La *porchetta*, un plato relativamente brutal (el cerdo se deshuesa, se rellena de hierbas y se cuece más o menos entero), no es romana, sino del interior, del Abruzzo, pero da lo mismo.

Llegamos a la delicada cuestión de la pizza, que en Roma no es gruesa, como en Nápoles, sino de pasta fina y requemada por los bordes. En esto cada cual tiene sus preferencias. La mía es La Montecarlo, un establecimiento más bien destartado en el callejón Savelli, muy cerca de Corso Vittorio Emanuele.

Quien me llevó por primera vez a La Montecarlo fue Lorenzo Martínez, entonces encargado de deportes en la oficina de Efe. Mábel Galaz (que una vez vino a casa e hizo un cocido a condición de que si un día perpetraba un librito sobre Roma, lo dijera) me habló de él y empezamos a frecuentarnos. Cuando inicié una columna sobre fútbol llamada *Historias del calcio*, Lorenzo, que llevaba quince años en Italia y se había pelado mil veces el culo en los estadios, me ayudó con anécdotas y datos poco conocidos. Lorenzo era también algo así como fundador honorario de La Montecarlo: cuando quisieron disponer de un menú en español, les hizo la traducción.

Carlo, el dueño, es hijo de los propietarios de Baffetto, la famosa pizzeria de la Via del Governo Vecchio. Hablamos de todo un personaje. Romanista, muy

interesado en las señoras, partidario del papa Ratzinger («el de antes estaba todo el rato enredando, este de ahora es más serio y sale menos de casa», dice), conoce a todo el mundo. Cuenta la leyenda que cuando Carlo se divorció, su mujer, que hasta entonces se ocupaba de la caja de la pizzeria, le exigió dos cosas: que le montara una cafetería muy cerca (está allí mismo, en la esquina de Savelli con Corso Vittorio Emanuele) y que en La Montecarlo no se sirvieran cafés. Cuenta la leyenda que por eso Carlo no puede servir cafés.

Otro gran personaje es Mario, *er Banana*. Parece brusco, pero al conocerle se descubre a un hombre de alta calidad. Es de la Juve, cierto, nadie es perfecto. Por lo demás, rebosa bondad. Se encarga personalmente de organizar, pasada la hora del almuerzo, una comida gratuita para indigentes. Le recuerdo una noche, con el establecimiento ya cerrado, sirviéndonos limoncello y rememorando jugadas clásicas del fútbol italiano, reproduciendo gambeteos y remates con una pelota de papel, feliz como un niño.

La Montecarlo acabó convirtiéndose para mí en un segundo domicilio. Allí me encontraba con otros corresponsales y con amigos como Ángel Amezketa y Andrea Alunno, allí se reunía diariamente el equipo de periodistas de *El País* que cubrió los funerales de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI, allí me conseguían mesa un viernes por la noche aunque hubiera setenta personas esperando en la calle (no exagero), y allí vuelvo siempre que puedo.

Otro lugar al que acudía con frecuencia era La Polarolla, cerca de Campo dei Fiori. Los camareros aseguran, como todos los camareros de todos los restaurantes de la zona, que fue allí, exactamente allí, donde cayó muerto Julio César. En fin. La Polarolla era el punto de encuentro con el anciano sacerdote Francisco Vives, un histórico del Opus Dei al que acabé apreciando verdaderamente, y con otras personas de la misma institución: Marc Carroggio, Juanma Mora, Manuel Fandila. A mí no se me ocurriría jamás pertenecer al Opus; para empezar, resultaría un poco excéntrico, dado que no soy creyente; y si lo fuera, creo que preferiría una vida religiosa en formato más clásico y menos exigente. Sin embargo, recibí cursos en la opusdeística Universidad de la Santa Cruz, junto a Piazza Navona, en compañía de Irene Hernández Velasco y de María Paz López, de *La Vanguardia*, e hice amigos. Siguen siéndolo.

Lorenzo y yo íbamos de vez en cuando a cenar a Le Vele, un restaurante de pescado en la Piazza Pio XI. Luego bajábamos a pie por la Via Gregorio VII hasta el río y nuestro barrio, el viejo Campo de Marte. Hacía falta andar, porque Lorenzo es uno de esos tipos de Madrid que celebran las campanadas de medianoche con tres platos y postre. El paseo ayudaba a digerir, pero tenía otra ventaja: la cúpula. Especialmente en las noches húmedas de invierno, cuando la niebla, que en Roma suele ser levísima, casi imperceptible, juega a alterar las perspectivas.

En un momento de la caminata, a mano izquierda, surgía de repente sobre las fachadas la cúpula de San Pedro, inmensa, majestuosa.

La cúpula vista así, por sorpresa, entre edificios vulgares, como se vio durante siglos hasta que Mussolini y Pío XII se cargaron el barrio en 1936 y abrieron la pretenciosa avenida de la Conciliación, regala toda su magia. Entrando desde el lateral, también la columnata semicircular de Bernini, el «abrazo» a la multitud de los creyentes, mantiene el impacto que deseó el artista. En el silencio de la noche, la plaza oval es hermosísima.

La fachada, no, por supuesto. La fachada es fea se mire como se mire, con niebla y oscuridad o a plena luz del sol. Es fea y siniestra, como la historia de la basílica de San Pedro.

Cuesta imaginar cómo fue esta colina en otro tiempo.

Conviene visitar las excavaciones en el subsuelo de la basílica para hacerse una idea. Para eso hace falta reservar plaza, lo que supone enviar correos electrónicos (scavi@fsp.va), esperar unas semanas, suplicar ante la impasible burocracia vaticana y confiar en la suerte, o ser amigo de Paloma Gómez Borrero. Lola y yo accedimos gracias a la segunda opción: Paloma, que conoce el Vaticano mejor que la mayoría de los cardenales, nos consiguió un par de entradas. Lo que hay ahí abajo es lo que había debajo de la primera basílica, la de Constantino, y unas cuantas tumbas, entre las cuales destaca una con la inscripción *Petrus est hic*, Pedro está aquí. Es del siglo I. Podría ser la tumba del apóstol.

La colina vaticana fue un camposanto y un conjunto de huertos hasta que el emperador Calígula (12-41) construyó un circo en la zona, decorado con un obelisco egipcio que por entonces tenía ya 1.800 años. Ese circo fue muy utilizado por Nerón (37-68) y fue escenario, según la tradición, tan dudosa como cualquier tradición romana, de algunas matanzas de cristianos. Resulta lógico que el apóstol Pedro fuera enterrado en el camposanto contiguo al circo, porque no existían cementerios cristianos, y resulta lógico también que bastantes de sus correligionarios eligieran luego una tumba cercana a la de Pedro. Eso dio a la colina un profundo significado

para los seguidores de la nueva religión. En 318, cuando Constantino legalizó el cristianismo y decidió erigir una basílica en honor del apóstol, consideró que la colina vaticana era el lugar más apropiado. Primero, por la tradición petrística. Segundo, porque la zona estaba relativamente apartada del centro, donde vivía la nobleza politeísta. El mismo Constantino era politeísta: se bautizó como cristiano justo antes de morir, cuando el asunto no podía ya acarrearle complicaciones políticas.

La basílica original, la de Constantino, era un típico edificio público romano, con paseos porticados y una plaza central que alojaba un mercado. No obtuvo un éxito inmediato. Compartía protagonismo, desde una posición subalterna, con la primitiva basílica de San Juan de Letrán, o del Laterano, que empezó a construirse unos años antes que la basílica, sigue siendo la catedral de Roma y la sede del obispo, es decir, del papa, y ostenta el título de «Madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad de Roma y de toda la Tierra». Para la comunidad cristiana contaban probablemente más, en los primeros siglos, otras iglesias más antiguas, las que habían frecuentado hasta entonces; de ellas sobrevive, muy reformada, la de Santa María en el Trastevere.

El gran momento de la basílica de San Pedro llegó el día de Navidad del año 800, cuando entre sus paredes el emperador Carlomagno fue coronado *Imperator Augustus* por el papa León III. Aquello supuso la ruptura con Bizancio, la reaparición de los dos imperios, el occidental y el oriental, y el nacimiento de Europa. También supuso un lío para el papa, que poco antes de la coronación imperial fue atacado por unos partidarios de Bizancio que intentaron arrancarle los ojos y la lengua y lo dejaron maltrecho.

Roma era entonces un lugar bastante inhóspito, sobre todo para los papas. La única actividad económica de la ciudad era la derivada del poder religioso, es decir, político-religioso, y los papas se comportaban como jefes de banda en permanente lucha con otras bandas por el control del negocio. La caída definitiva de Jerusalén en manos musulmanas, en 1244, hizo de Roma el centro indiscutible de la cristiandad. Lo cual empeoró las cosas en el *Caput mundi*, un villorrio violento y malsano, periódicamente azotado por la peste y con una malaria endémica.

Para acabar de complicar las cosas, en 1294 llegó al trono papal Benedetto Caetani, un cardenal muy emprendedor. Sucedió al pobre Pietro Angelieri, un ermitaño al que nombraron papa porque las familias cardenalicias y los reyes europeos no lograban ponerse de acuerdo y tuvieron que conformarse, para ganar tiempo, con un fraile supuestamente manejable. Angelieri tomó el nombre de Celestino V y duró menos de un año: el hombre dimitió, espantado por la corrupción y las componendas diplomáticas que exigía el cargo. El cardenal Caetani compró los votos necesarios y, ya como Bonifacio VIII, mandó encarcelar en una mazmorra a Celestino V, que murió al poco tiempo.

Bonifacio fue el último papa medieval, el último convencido de que con unas

cuantas bulas (y publicó bastantes, dirigidas todas ellas a consolidar su poder) podía ser rey del mundo. Para realzar su prestigio y, de paso, ganar un dineral, hizo de 1300 el primer Año Santo: todo el que peregrinara a las basílicas de San Pedro y San Pablo Extramuros durante ese año obtenía una indulgencia plenaria. Se calcula que unos 200.000 peregrinos acudieron a Roma, convirtiéndola en el primer fenómeno de turismo masivo. Roma también se convirtió en la primera ciudad con reglas de tráfico. Para evitar tumultos y accidentes masivos como los registrados en los meses iniciales de 1300, se pintó una línea medianera en las calles; los carros tenían que pasar por un lado y los peatones, por el otro.

Fue como el canto del cisne. Los papas medievales llevaban siglos viviendo fuera de Roma. Se instalaban en Viterbo, en Orvieto, en Perugia o en cualquier parte, menos en Roma, que se reservaba solamente para las coronaciones y otras ceremonias inevitables. La llegada del turismo y el fin de la Edad Media, con la consiguiente reducción del poder papal, supusieron para el Vaticano una larga decadencia. En 1305, y hasta 1367, la monarquía francesa trasladó a Aviñón la sede del papado. En Roma sólo quedaron, viviendo en perfecta simbiosis, peregrinos, mesoneros y bandidos: una alegoría de la industria turística de ayer, hoy y siempre.

La propia basílica de San Pedro empezó a venirse abajo. El terreno, cercano al río, era pantanoso y los cimientos se hundían año tras año. Sucesivas obras de apuntalamiento no bastaron para impedir la progresiva ruina del edificio.

Hasta el Renacimiento, la época en que todo era posible.

Giuliano della Rovere (1443-1513) asumió el papado como Julio II. Tenía sesenta años, tres hijas, numerosos nietos y fama de bisexual; también tenía un carácter considerable. Expulsó de Roma a los Borgia, sus enemigos ancestrales, se alió simultáneamente con los Colonna y los Orsini (las dos familias más ferozmente rivales de Roma; yo, personalmente, estoy con los Orsini por razones que no vienen a cuento) y decidió reconstruir la capital del mundo. Empezando por la basílica.

La basílica nueva, la que vemos hoy, fue como una maldición. Atrajo sobre Roma y sobre la cristiandad todo tipo de desgracias.

Para empezar, ¿se imaginan lo que debió ser la demolición del templo más representativo del cristianismo? Hizo falta una extraordinaria campaña de propaganda para convencer a los fieles de que aquello no era un sacrilegio, sino el comienzo de una edad dorada. Una muestra de esa propaganda se encuentra en el palacio de la Cancillería, junto a Campo dei Fiori. Giorgio Vasari, un pintor mediocre que pasó a la historia por su libro *Vida de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos, desde Cimabue hasta nuestros tiempos* (una colección de cotilleos y datos dudosos publicada en 1542.), fue uno de los encargados de decorar algunas estancias de la Cancillería. En una ocasión visité el edificio en compañía de monseñor José Manuel del Río, miembro de la Comisión Pontificia para los Bienes Culturales de la Iglesia.

Del Río me hizo notar una de las pinturas de Vasari, en la que el papa aparece vestido de rabino judío en las obras de la basílica: «Se quería indicar —explicó— que la basílica renacentista era como un nuevo templo de Jerusalén, el símbolo de una nueva era».

La demolición tuvo que ser gradual, porque las grandes ceremonias debían seguir celebrándose en San Pedro. Durante más de un siglo, entre 1506 y 1626, una treintena de papas ofició misas en una cantera polvorienta, abierta a los vientos y la lluvia, con materiales de construcción desperdigados por todas partes.

Julio II encargó el proyecto a Donato di Angelo di Pascuccio, llamado Bramante, un artista del norte que había alcanzado fama en Roma con dos maravillas renacentistas, el claustro de Santa Maria della Pace (junto a la Piazza Navona) y el templete de San Pedro en Montorio (en la colina trasteverina del Gianicolo, junto a la residencia del embajador español y, técnicamente, en territorio de España). Bramante presentó los planos de un edificio enorme (24.000 metros cuadrados), con una cúpula chata similar a la del Panteón y trazado de cruz griega (los cuatro brazos iguales). Contento con la idea de Bramante, Julio II encargó a Miguel Ángel Buonarroti un mausoleo faraónico que debía colocarse en el centro de la basílica, justo encima de la supuesta tumba de Pedro. Ahí, sobre los huesos del apóstol y bajo una cúpula formidable, quería ser enterrado el papa. En 1507 se completó el primer elemento visible de la basílica nueva: un pilar de 27 metros de altura y nueve de grosor, que se alzaba tras el edificio antiguo.

Pero Julio II murió en 1513, y Bramante, en 1514. Al papa della Rovere le sucedió Giovanni di Medici, hijo del florentino Lorenzo el Magnífico, con el nombre de León X; fue un papa al que podríamos calificar de gilipollas, pero al que, por respeto a las jerarquías eclesiásticas, llamaremos incompetente. La entronización de León X coincidió con la aparición de un librito anónimo, escrito en realidad por Erasmo de Rotterdam, en el que se criticaba ásperamente a Julio II, «tirano archimundano, enemigo de Cristo y ruina de la Iglesia». Si Erasmo pensaba eso de Julio II, era porque aún no conocía a León X.

El papa recién llegado solicitó ideas a Rafael y a Baltasar Peruzzi, derribó lo ya hecho, cambió varias veces los planos y agotó el dinero que había reservado Julio II. Para conseguir nuevos fondos, elevó el número de puestos cardenalicios desde 200 a 700 y vendió los cargos que acababa de crear, con lo que reunió 600.000 ducados. Era mucho, pero no le bastó. Luego recurrió a un instrumento ideado por Julio II, la venta de indulgencias por toda Europa a cambio de donaciones para la basílica, y encargó al secretario Lorenzo Pucci que aplicara la medida como una auténtica extorsión. La fama de la corrupción vaticana se extendió por el continente.

En 1517, un párroco agustino alemán, Martín Lutero, que había visitado Roma en 1511 y la había encontrado aborrecible («si hay infierno, Roma está construida

encima», escribió), clavó sobre la puerta de su iglesia en Wittemberg una lista con 95 afirmaciones, o tesis. Ejemplos: «Hay que enseñar a los cristianos que si el papa conociera las extorsiones de los predicadores de indulgencias, preferiría que la basílica de San Pedro ardiera antes que edificarla con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas»; «¿Por qué el papa no vacía el Purgatorio, movido por la santísima caridad y la suma necesidad de las almas, dado que libera una infinidad de almas con el fin de recaudar dinero funesto para su basílica?».

El 15 de junio de 1520, durante una partida de caza, León X firmó el decreto de excomunión de Martín Lutero. Y siguió cazando. Ni siquiera intuyó que sus inmensos errores y los cambios geopolíticos estaban a punto de provocar la ruptura del cristianismo y la aparición de un gran movimiento reformador, enemigo de los papas, que los católicos llamaron «protestante».

Mientras se extendía por el norte europeo la rebelión contra el papado, un nuevo pontífice, Clemente VII, hijo ilegítimo de Julio de Médicis, primo de León X y, como él, incompetente en grado sumo, intentaba jugar con dos tipos tan peligrosos como Carlos I de España y Francisco I de Francia. Clemente VII se alió con Francisco I contra el emperador Carlos, reciente vencedor en Pavía (1525), y le animó a romper el tratado de paz firmado en Madrid. Al papa le inquietaba la hegemonía de Carlos en la península itálica y temía que su familia perdiera el Ducado de Florencia. Carlos no se lo tomó muy a la tremenda: sus tropas entraron en Roma, exterminaron a la Guardia Suiza, saquearon someramente la ciudad, encerraron a Clemente VII en el Castel Sant'Angelo y exigieron una indemnización moderada, de 60.000 ducados. Sin embargo, en cuanto se retiraron los soldados de Carlos, Clemente VII se negó a pagar e invocó de nuevo la ayuda de Francisco I.

Esa fue una equivocación terrible. Esta vez, Carlos I, que, como siempre, estaba ocupado en múltiples guerras y no tenía un duro, envió a Italia un ejército potente, de casi 50.000 soldados, en su mayoría alemanes y protestantes a los que se debía la paga. El ejército descendió desde el norte hacia Roma, seguido por las tropas de Francisco I. Una vez en las afueras de la capital, el odio protestante al papa, la necesidad de un botín que compensara los sueldos impagados, el temor a ser alcanzados por los franceses y la muerte del jefe del ejército, el condestable de Borbón, empujó a los soldados imperiales hacia el interior de Roma con un furor y una rabia pocas veces vistos. El 5 de mayo de 1527 murió Roma, o al menos buena parte de ella. Más de 6.000 ciudadanos fueron torturados y asesinados. Los principales palacios fueron incendiados y demolidos. La Capilla Sixtina, en la que Miguel Ángel había pintado ya el techo (pero no el Juicio Universal sobre el altar), se convirtió en dormitorio de la soldadesca, con sus correspondientes hogueras. Las presuntas calaveras de los apóstoles Pedro y Pablo, reliquias supremas de la basílica de San Juan de Letrán, fueron usadas como pelotas para jugar. El altar de la basílica

de San Pedro fue reventado y utilizado como mesa de naipes. Ninguno de los múltiples saqueos sufridos por Roma a lo largo de su historia, ni siquiera el que, protagonizado por el visigodo Alarico, puso fin al Imperio romano, fue tan terrible como el de 1527. Cuando se habla del *sacco di Roma* se habla de 1527. Además de la mortandad y el destrozo, Clemente VII tuvo que capitular y pagar una indemnización de 300.000 ducados: la mitad de lo recaudado con la venta de indulgencias, causa inmediata del cisma protestante, fue a los bolsillos del emperador Carlos.

Y la basílica de San Pedro seguía en obras.

También seguía con vida Miguel Ángel, que, con sesenta años, se puso a pintar el Juicio Universal sobre el altar de la Capilla Sixtina. No contento con esto, ideó una nueva cúpula para San Pedro, más elevada y esbelta.

Tras la muerte de Miguel Ángel, Cario Maderno, ya hombre de la Contrarreforma, de la Inquisición y del catolicismo brutal, masivo y atormentado que culminó en el barroco, alargó la nave de ingreso para que el edificio tuviera forma de cruz latina y, sobre todo, para que cupiera más gente en el interior: hasta 60.000 personas de pie. Esa ampliación perjudicó la vista de la cúpula desde la plaza, una lástima. También construyó la definitiva fachada, otra lástima. Maderno era un artesano con talento, amante del claroscuro y precursor del barroco. La misión que le encomendaron en San Pedro, respetar el proyecto de Miguel Ángel pero modificándolo por completo, era de imposible cumplimiento. Salió lo que salió.

En 1586, el obelisco egipcio que decoraba el templo de Nerón fue trasladado hasta el centro de la Piazza de San Pietro. La cosa requirió el trabajo de 900 personas durante cuatro meses. Por fin, en 1612, el papa Pablo V, de la familia Borghese, un hombre absolutista que condenó a Copérnico y, quizá aún peor, vivió convencido de que Cario Maderno era mejor que Miguel Ángel, arruinó los sueños de Julio II atribuyéndose todos los méritos (o deméritos) y colocando en la fachada de San Pedro, en caracteres ridículamente grandes, la inscripción «*In honorem principis apost Paulus V Borghesius Romanus Pont Max an MDCXII pont VII*». De Julio II no quedó ni el soñado mausoleo, del que Miguel Ángel sólo llegó a construir alguna pieza, como la estatua de Moisés, hoy en la basílica de San Pietro in Vincoli (San Pedro encadenado), lejos del Vaticano.

En 1626, Urbano VIII (el que condenó a Galileo) consagró la basílica y dio por terminado un siglo de obras y desgracias.

El Vaticano suscita una inmensa curiosidad entre creyentes y no creyentes. La gente suele preguntarse cómo es por dentro y qué refinadas intrigas se traman en sus estancias. Según mi limitada experiencia, mis ocasionales incursiones en el interior del recinto amurallado y mis conversaciones con gente de la Curia (el «gobierno» del papa), la realidad es más prosaica de lo que se supone.

No soy un especialista en la materia, sólo trabajé durante cinco años como

corresponsal acreditado ante la Santa Sede y raramente pasé más allá de la Oficina de Prensa, comandada en mi época por Joaquín Navarro-Valls y gestionada por la mítica sor Giovanna, una monja de metro y medio dotada de un raro talento: humillaba a su interlocutor con una simple sonrisa, desplegaba toda la gestualidad del «sí» para responder «no», se complacía con la exasperación ajena. A su manera, era altamente eficaz.

Pese a no ser un especialista, me permito opinar como observador. ¿Qué es el Vaticano? Una oficina muy grande y muy antigua, cuajada de mala leche burocrática. El catolicismo es una religión monoteísta (pese a la filigrana trinitaria) dirigida por un poder centralizado y literalmente despótico; la parte del poder y el despotismo está en el Vaticano; la religión en sí, la fe, los atributos morales, se encuentran con mayor facilidad en cualquier otra parte.

Hay que recordar que los papas siempre han sido, además de dirigentes supremos de su iglesia, monarcas terrenales. En 1871, las tropas piemontesas rompieron las defensas papales y penetraron en Roma por la Puerta Pía, poniendo fin a los Estados Pontificios y unificando la península itálica en un solo reino. El palacio del Quirinal, residencia de Pío IX y de sus antecesores, fue convertido en palacio real y ocupado por los Saboya, que se quedaron incluso con la cubertería pontificia. Pío IX se declaró «prisionero» y el asunto se mantuvo en precario hasta que Mussolini y Pío XI firmaron en 1929 los pactos de Letrán, con los que la Iglesia católica reconocía la existencia del Estado italiano (hasta entonces prohibía que los fieles votaran) y éste, a su vez, concedía 44 hectáreas al papa: era poco, y el papa ya no podía llamarse «Rey de Roma», pero se mantenía el principio de que el pontífice romano era monarca absoluto de su propio territorio.

El Vaticano es el destino natural de un clérigo con talento, estudios y ambición. Ocurre, sin embargo, que las posiciones de poder son pocas, por lo que la mayoría de los funcionarios vaticanos (unos trescientos) se empantanan en el marasmo administrativo y, si no logran una posición diocesana en cualquier otra parte, tienden a concentrarse en los aspectos más mezquinos de la vida oficinesca. Ya saben: pararle los pies a Fulano, defender sus derechos de antigüedad, imponer su criterio en tal expediente. El servicio diplomático vaticano sigue siendo efectivo, por tradición y porque hasta el más remoto misionero funciona, en cierta forma, como agente informativo, pero los recursos humanos son escasos (de un país tan importante, para el mundo y para el catolicismo, como China, sólo se ocupan dos o tres personas) y la influencia, escasa. Desde un punto de vista intelectual, hay tipos fascinantes en la Congregación para la Doctrina de la Fe; sin embargo, las cuestiones doctrinales y teológicas son puramente especulativas, como la metafísica o las previsiones futbolísticas, y hay que ser muy aficionado a ellas para disfrutar de sus matices.

Caso aparte son las finanzas. Es bien conocido que, al menos hasta los años

ochenta, el Istituto per le Opere di Religione (IOR), la banca vaticana, tenía conexiones mafiosas (Michele Sindona, Licio Gelli, etcétera) y era utilizado para blanquear dinero del crimen organizado; es bien conocido que el Banco Ambrosiano, filial del IOR presidida por Roberto Calvi, protagonizó una estruendosa quiebra en 1982; es bien conocido que Sindona fue envenenado en la cárcel y que Calvi apareció «suicidado» bajo un puente de Londres. En lo tocante al dinero, el Vaticano mantiene una tradición muy italiana: abunda en líos, misterios, zonas oscuras y muertes sospechosísimas.

Una muerte que suscitó todo tipo de teorías conspirativas fue la de Juan Pablo I, fallecido en su dormitorio el 28 de septiembre de 1978, tras sólo un mes como sumo pontífice. Albino Luciani había despertado enormes esperanzas. Eligió como lema la palabra «humildad», se negó a ser coronado con la tiara y, dicen, planeaba acabar con las corruptelas económicas. Como obispo de Venecia ya se había declarado enemigo del obispo estadounidense Paul Marcinkus, el matón que manejaba el IOR. Si existe una teoría conspirativa con todos los elementos para resultar creíble, es la del asesinato del papa Luciani. Habrán visto *El Padrino III*, supongo.

Pese a todo, yo no creo que fuera asesinado. Creo que le falló el corazón, como dice la versión oficial, aunque no se realizara autopsia de su cadáver. Ocurre que, en una de sus frecuentes chapuzas (no se les ocurra tragarse el bulo de la eficacia vaticana), los portavoces de la Santa Sede mintieron desde el principio. El cadáver de Juan Pablo I fue hallado, semidesnudo y descompuesto, por una monja. A los cerebros eclesiásticos les pareció inapropiado que un papa trabajara en calzoncillos a altas horas de la noche y que un elemento femenino apareciera por su dormitorio y hallara el cadáver, por lo que inventaron una historia según la cual Juan Pablo I murió pacíficamente durante el sueño y fue encontrado por su secretario, el irlandés John Magee. Si mintieron en algo tan sencillo, podían haber mentido en lo demás. Pese a todo, insisto, yo no lo creo. Evidentemente, tampoco estoy seguro de que no existiera asesinato. Volvemos a lo de antes: el Vaticano está en Roma y funciona a la italiana. Hablamos de un país en el que aún se ignora quién organizó la masacre de Bolonia en 1980 (85 muertos), en la que fueron implicados, y condenados por entorpecer las investigaciones, dos agentes de los servicios secretos y el gran maestro de la Logia P-2, Licio Gelli; o quién mató al periodista Carmine Pecorelli (que investigaba, entre otros, al obispo Marcinkus) en 1979, un homicidio por el que fue condenado el ex primer ministro Giulio Andreotti, absuelto posteriormente por el Tribunal Supremo.

Paul Marcinkus dirigió el IOR desde 1971 hasta 1989, llegó a ser el «número tres» del Vaticano y gozó de una absoluta protección por parte de Juan Pablo II. Era un tipo duro y complicado, dicen que simpático en el trato personal. Suya es aquella frase espléndida: «La iglesia no se dirige con avemarias». Pasó sus últimos años en Arizona, jugando plácidamente al golf, y murió en 2006.

Volviendo a la cuestión del dinero, el Vaticano no nada en la abundancia. Su presupuesto anual supera en poco los 300 millones de euros, una cifra muy inferior a la que maneja, por ejemplo, la diócesis alemana de Colonia. Después de los pagos que tuvo que realizar tras el desastre del Banco Ambrosiano, más de 200 millones de dólares, su cartera de inversiones quedó bastante reducida. Por supuesto, posee un patrimonio de valor incalculable (algunas estimaciones hablan de 20.000 millones), pero invendible. Cosas como la Capilla Sixtina no están, de momento, en el mercado. Las relativas estrecheces económicas del Vaticano se notan en las goteras de algunos edificios o en el mobiliario roñoso de las oficinas. Los propios apartamentos papales, en el Palacio Pontificio, el edificio de la derecha según se mira de frente hacia la basílica, son de una austeridad notable.

Otra cosa es la habilidad para sacar dinerillos de cualquier parte. De los viajes del papa, por ejemplo. Los periodistas tienen que pagar un pastón exagerado por un asiento en el avión papal (una excursión europea no sale por menos de 6.000 euros, y un viaje a Suramérica, por más del doble), porque financian el desplazamiento del papa y de su amplia comitiva. Tampoco me parece mal. El arreglo funcionaba muy bien con Juan Pablo II, cuyo atractivo mediático resultaba extraordinario. Funciona peor con Benedicto XVI, de menor interés para la prensa: su visita a Camerún y Angola, en marzo de 2009, se realizó con bastantes asientos vacíos en el avión.

Una parte importante de mi trabajo en Roma, quizá la esencial, fue la cobertura de la agonía y muerte de Juan Pablo II. No llegué a conocer al polaco atlético e infatigable de inicios del pontificado; en 2003, Karol Wojtyła era un anciano muy enfermo.

Hablaba de mi misión fúnebre, que empezó con un susto.

Llegué a Roma a principios de septiembre de 2003, y el 12 de ese mes Juan Pablo II viajaba a Eslovaquia. Ya no había tiempo para acreditarse ante el Vaticano y mucho menos para volar en el avión papal, por lo que viajé a Bratislava por mi cuenta y allí me inscribí como periodista local. Eso me daba derecho a ver por la tele los actos principales del viaje, que no tenía gran interés: el gran tema era la salud de Wojtyła. Llegué la víspera y a la hora de la llegada del papa estaba cómodamente sentado en la sala de prensa, pensando que mi ignorancia religiosa (conozco bastante bien la Biblia, pero no me sé el avemaria) iba a ser, esta vez sí, mi ruina.

Contemplé el aterrizaje, vi cómo se abría la puerta del avión, comprobé que el papa era prácticamente izado y empecé a mosquearme mucho cuando leyó su discurso, ahogándose, boqueando de forma casi agónica, en la misma pista del aeropuerto: el pobre estaba muy mal. Pensé (y no fui el único) que se nos moría allí mismo. Pensé también que el lector se sentiría estafado por la cobertura de un completo ignorante en materia eclesial, como era yo.

Al cabo de un rato fueron llegando a la sala de prensa los veteranos que viajaban

en el avión papal, y tenían experiencia tanto en el apartado religioso como en el clínico. Me ayudaron en todo lo que pudieron y pude confeccionar una crónica discreta, sin errores evidentes. Así conocí a Paloma Gómez Borrero, a Ángel Gómez Fuentes, a Juan Lara, a Ángel García, a Juan Vicente Boo, a Rubén Amón, a Antonio Pelayo... Tipos formidables.

Tenía que aprender, eso estaba claro. Lo primero, en cualquier caso, era acreditarme ante la Sala de Prensa de la Santa Sede. Es decir, enfrentarme a sor Giovanna. Había oído hablar de la monja bajita que se ocupaba de la burocracia periodística; imaginaba, sin embargo, que la gente exageraba cuando contaba anécdotas sobre lo puñetera que podía llegar a ser. Pero no, no había exageración. Si ella decía que te faltaba un papel, te faltaba, y que no se te ocurriera protestar. Desde mis primeros días de mili no había sufrido una sensación tan aguda de indefensión administrativa como la que sentí, siempre, ante sor Giovanna.

Por supuesto, cuando fui a acreditarme me faltaban papeles. Es más: se me sugirió que, dado que la anterior corresponsal, Lola Galán, no había ido personalmente a darse de baja, resultaba imposible dar de alta a una persona del mismo periódico. Sor Giovanna me dejó para el arrastre. Quise darme ánimos con un *cappuccino* y entré en la cafetería contigua. Pedí la bebida, me la prepararon y pregunté el precio. «Cuatro euros», me dijeron. Estupefacto, iba a echar mano a la cartera cuando escuché una voz a mis espaldas: «*Macché, questo qui lavora qua, nella Sala Stampa*». El cajero reaccionó al instante: «*Ah, dottó, non sapevo, allora sono settanta centessimi*». O sea, que si era turista, cuatro euros; si no, setenta céntimos. El tipo que me había salvado de la pequeña *truffa* (aprendan la palabra, es como estafa pero en dulce) era Ángel Gómez Fuentes, el corresponsal de TVE. Le debo varios favores, pero no olvido aquél, el primero.

Me habitué a frecuentar la Sala de Prensa vaticana y la Universidad de la Santa Cruz, en Piazza Navona, muy cerca de casa, dirigida por el Opus Dei: sus cursos de religión me sirvieron para orientarme en las oficinas centrales del catolicismo, con toda su complejidad doctrinal, diplomática y administrativa. También me permitieron conocer a Juan Manuel Mora y a Marc Carroggio, encargados de la política informativa del Opus en todo el mundo. El fenomenal éxito de la novela *El Código da Vinci*, en la que el Opus Dei aparecía como una organización turbulenta dominada por criminales, me llevó a hacer un largo reportaje sobre la Prelatura y su funcionamiento interno; eso, a su vez, me llevó a conocer un montón de personas, edificios y trabajos del Opus, en Roma y Nueva York. Y a tratar con mucha frecuencia a Marc y a Juan Manuel, y, ya puestos, al anciano sacerdote Francisco Vives, un histórico de la organización con el que tomé decenas de cervezas y de copitas de *amaro*. Incluso, en el colmo del compadreo con las fuentes informativas, fuimos alguna vez a buscar setas.

Si la religión fuera el opio del pueblo, el Opus Dei sería heroína pura: en lo que toca a los miembros numerarios, los que hacen voto de castidad, es la experiencia religiosa llevada a grados extremos, tanto física como mentalmente. No me extraña que bastantes antiguos miembros se hayan quemado en el Opus y hayan sufrido graves heridas psicológicas; no me extraña que esas personas dediquen su vida a criticar la Obra de Escrivá de Balaguer. El cilicio y las flagelaciones sabatinas no son mitos, sino parte de la realidad cotidiana. Algunas de esas cosas me resultan incomprensibles, no ya como ateo, sino como simple ciudadano. Por otra parte, he conocido en el Opus a personas tan bondadosas, tolerantes y abnegadas, que me resultaría imposible descalificar en bloque a toda la organización. Mantengo en ella buenos amigos. Habrá cosas en las que nunca nos pondremos de acuerdo, y ya está.

Volviendo a Juan Pablo II, sólo hizo otros dos viajes después de la visita a Eslovaquia en verano de 2004: a Berna, en Suiza, y a Lourdes, en Francia. Cuando descendía del avión, con una grúa, descendían también varias bolsas negras llenas de material médico. No podía andar. Le costaba respirar y apenas hablaba. En los medios de comunicación y en el mundillo de los vaticanistas se discutía sobre si sus condiciones le permitían ejercer el papado y si debía renunciar. Su imagen transmitía sufrimiento. Le admiré en esa fase final, la que me tocó vivir, porque no le importó mostrar su decadencia. El, que había sido el papa-atleta, se desintegró ante los ojos del mundo. Fue una interesante lección de dignidad. A veces se olvida que la dignidad es compatible con la enfermedad y la vejez.

El 24 de febrero de 2005, cuando fue sometido a una traqueotomía, se hizo evidente que Karol Wojtyła entraba en agonía. Se acababa. Ya no podía más. El 31 de marzo se asomó por última vez a la ventana del Palacio Episcopal (el edificio a la derecha de la basílica, mirando desde la plaza) y no consiguió, a pesar de sus esfuerzos, proferir una sola palabra. Fue una imagen inefable, conmovedora.

Ese mismo día comenzó la crisis séptica que tres días después, al anochecer del 2 de abril, acabó con su vida.

Los periodistas pensamos, sin embargo, que el final no iba a ser tan rápido. Estábamos acostumbrados a las crisis, y acostumbrados también a que el portavoz vaticano, Joaquín Navarro-Valls, nos informara de que el papa seguía cenando salchichas y cerveza. Esa noche, la del 31 de marzo, los corresponsales españoles fuimos a cenar con un directivo del BBVA, para que nos explicara cómo andaba el intento de compra de la Banca Nazionale del Lavoro. Estaban sirviendo el pescado, una lubina con una pinta estupenda, cuando sonó la orquesta de los móviles. El papa se moría. Esta vez iba en serio. La lubina quedó intacta.

Corrí a casa y escribí a toda prisa. Luego me acosté en el sofá, cerca del ordenador, por si acaso.

Juan Pablo II no quiso volver a la Clínica Gemelli. Prefirió morir en su cama, sin

nuevas intervenciones médicas. Falleció el sábado 2 de abril, por la noche. Al terminar mi trabajo me acerqué hasta la Piazza de San Pietro, donde miles de personas rezaban, lloraban o curioseaban. El ambiente era triste y tranquilo. La tristeza duró días; la tranquilidad se esfumó ya a la mañana siguiente, cuando una marea humana empezó a marchar hacia el Vaticano.

Era casi imposible moverse por la ciudad. Hacía un calor exagerado, raro a principios de abril, y abundaban las lipotimias y las deshidrataciones. En cierto modo, aquello era un infierno. Normalmente tardaba un cuarto de hora, andando, desde mi casa hasta San Pedro; el 3 de abril tardé más de dos horas por la aglomeración. Ese día llegó a haber más de un millón de personas, un millón de verdad, en torno a San Pedro; cada vez que alguien dice que tal o cual manifestación ha reunido a un millón, recuerdo el 3 de abril, comparo y sonrío. Quien dice algo así no ha visto en su vida un millón de personas juntas.

Pensé que, como periodista acreditado ante la Santa Sede, me sería posible visitar la capilla ardiente sin hacer cola. Ingenuo de mí, acudí a sor Giovanna y formulé, con una sonrisilla babosa, mi humilde petición. Espero que no se moleste Carlos Boyero, uno de los tipos más genuinos y generosos que conozco, pero en esa ocasión sor Giovanna utilizó una de las frases favoritas de Boyero cuando quiere ponerse borde: «¿Y usted por qué me habla?». Después de esas palabras, o algo similar en italiano, la monja bajita me expulsó de su presencia con una mirada despectiva. Ya digo, peor que en la mili.

¿Qué hacer? No me parecía suficiente ver las imágenes televisivas, que veía todo el mundo. Tenía que entrar en el Vaticano. Pero tampoco podía dedicar ocho o nueve horas a guardar cola. En esas situaciones es cuando hace falta un milagro. Y a veces ocurre. Junto a la Sala de Prensa me encontré con Mari Paz Rodríguez, la corresponsal de *La Vanguardia*, que merodeaba por allí con un propósito similar al mío: darse de narices con el milagro. En esa ocasión, el milagro apareció en forma de joven periodista de *Vatican News*. El joven, Javier Martínez-Brocal, nos preguntó si queríamos visitar la capilla ardiente y le seguimos hasta la entrada.

Con una veloz parrafada italiana y un potente acento andaluz, Martínez-Brocal dejó medio aturdido al guardia suizo que custodiaba la puerta; parecía que pasábamos, pero el guardia reaccionó a tiempo y dijo que ni hablar. ¿Qué hacer? Colarnos. Aún no sé cómo, aprovechamos un despiste del guardia para adentrarnos rápidamente por el pasillo y ganar las escaleras. Subimos, subimos, y estábamos completamente perdidos cuando, tras una puerta, nos encontramos en la sala donde reposaban los restos de Karol Wojtyła.

Junto al cuerpo, de pie, se encontraba el secretario papal, el controvertido Stanislaw Dziwisz, dando instrucciones a un par de sacerdotes y a unos empleados civiles. El cadáver era diminuto, como el de un niño. Las zapatillas rojas colgaban de

los pies. El rostro, apergaminado, no era el de un hombre, era el de un muerto. El aire que entraba por un par de ventanales abiertos mecía la tela del catafalco.

Creo que Karol Wojtyła fue un hombre valiente y carismático. Si mi opinión sobre su pontificado, la opinión de una persona no religiosa, vale para algo, me aventuro a decir que desplegó un notable talento político, tanto para combatir el comunismo como para oponerse, sin éxito, a la invasión de Irak, y que fue un comunicador excepcional. Como administrador supremo de la Iglesia católica, su balance es mediocre. No le interesaban ni la gestión vaticana ni las cuestiones organizativas. Desde el punto de vista religioso le considero propenso al misticismo, es decir, a las llamaradas de inspiración individual. Como moralista fue absolutamente conservador. A diferencia de sus antecesores inmediatos, Juan XXIII, Pablo VI y el efímero Juan Pablo I, jamás se mostró dubitativo. Ése es un rasgo que no me gusta. Quizá constituya un rasgo positivo en un papa; personalmente, lo dudo.

Saludé algunas veces a Joseph Ratzinger cuando era cardenal y dirigía los asuntos doctrinales. Es, o era antes de ponerse la tiara y demás tocados exóticos, un hombre tímido y de trato afable. En el Concilio Vaticano II actuó como fuerza de apertura y progreso; luego, espantado por los rasgos anarcoides de las revueltas de 1968, se agazapó en un conservadurismo estricto. Muestra una clara propensión hacia la especulación filosófica y está poseído por la manía de conciliar la razón y la fe.

Los esfuerzos en ese sentido me resultan absurdos. No hace falta tener fe en la temperatura de ebullición del agua: está perfectamente comprobada. En cambio, es imprescindible la fe para enfrentarse a un misterio como el de la existencia o inexistencia de Dios. La fe es un acto irracional, y no me parece que el término «irracional» implique connotaciones peyorativas. No más, al menos, que el término «racional», extraordinariamente sobrevalorado porque tiende a confundirse con lo «científico».

No soy un admirador fanático de la especie humana, fruto de la evolución y de la supervivencia genética de los ejemplares más astutos y agresivos. No creo en Dios porque nunca he percibido indicio alguno de su existencia, pero mi escepticismo ante lo humano es tan grave que defiendo una norma de vida técnicamente insostenible e indudablemente conservadora: pensar y obrar como si Dios existiera, como si hubiera que rendir cuentas; recurrir, en fin, a aquello que antes, cuando existía, se llamaba conciencia. Es una tontería, ya lo sé. Aún me parece más tonto, sin embargo, proclamar la existencia de Dios basándose en una cita de Kant.

Admito, en todo caso, que el impulso irracional en búsqueda de lo divino puede producir maravillas. Nadie sabrá nunca si Miguel Ángel creía o no creía y, si creía, en qué creía. Pero dejó la cúpula de San Pedro. Obsérvenla, a ser posible en una noche de neblina. No sólo es hermosa: es moralmente elegante.

Roma es una ciudad engañosa: tiene la piel suave y la voz dulce, pero a veces muerde. Quien desee ver los colmillos de la fiera no tiene más que acercarse al Estadio Olímpico (con su gran monolito, dedicado a Mussolini en letras gigantescas) en una jornada de derbi.

Un partido Roma-Lazio, o Lazio-Roma, en el estadio municipal que ambos clubes comparten, constituye una experiencia que va mucho más allá del fútbol. Quedaría muy mal que yo defendiera aquí la violencia; reconozco, sin embargo, que la extraordinaria carga emocional de un derbi no se debe tan sólo al clamor y las coreografías de dos gradas furiosamente enfrentadas: la sensación de riesgo, la conciencia de vivir un momento peligroso, forman parte de la aventura. No es raro que ambas aficiones salgan llorando del Olímpico, sea cual sea el resultado: las batallas campales con la policía, relativamente frecuentes en mis años romanos, algo menos frecuentes ahora, se desarrollan bajo una nube de gases lacrimógenos que acaban afectando a todo el mundo.

La Società Sportiva Lazio gasta fama de fascista. Y la merece, aunque entre sus aficionados haya una mezcla parecida a la de cualquier otra hinchada. Pero la Associazione Sportiva Roma no desmerece tampoco en cuanto a fanáticos de la ultraderecha. El fútbol italiano, llamado *calcio* (patada), nunca ha vivido ajeno a la política. Los furores ideológicos se han expresado durante décadas en la grada, y la progresiva derechización de los grupos de aficionados más o menos violentos, los *ultrà*, es un reflejo de la evolución política del país en los últimos tiempos.

Si hurgamos en los orígenes, el mejor pedigrí fascista lo ostenta la AS Roma. Una de las obsesiones de Benito Mussolini consistía en equilibrar Italia, una nación creada por las tropas piemontesas y por los industriales lombardos, con un norte potente y hegemónico y un sur pobre y subsidiado que en ciertas fases de la historia ha propendido a fiarse más de las mafias locales que de sus compatriotas nordistas. En realidad, la clase política del norte también ha utilizado las mafias del sur (Cosa Nostra siciliana, Camorra napolitana, 'Ndrangheta calabresa, Sacra Corona apuliana) para manejar esas regiones subdesarrolladas e insatisfechas.

Mussolini, decíamos, se esforzó en reequilibrar el asunto. No sólo lo hizo combatiendo a la mafia siciliana con el «Prefecto de Hierro», Cesare Mori, o desecando los terrenos pantanosos al sur de Roma y convirtiéndoles en campos de cultivo: uno de sus grandes objetivos, desde que llegó al poder, fue que un equipo de la capital (Roma, a efectos económicos y culturales, puede considerarse sur) ganara alguna vez la Liga de fútbol, hasta entonces patrimonio exclusivo de los clubes del norte. Y fundó la AS Roma.

Bien, no la fundó personalmente. Lo que hizo fue imponer la fusión de los diversos clubes romanos en uno solo, auspiciado por el fascismo. La tarea recayó sobre Italo Foschi, secretario de la federación romana del Partido Nacional Fascista, miembro del Comité Olímpico Italiano y presidente de la Fortitudo Pro Roma. La propia Fortitudo, el Roman y el Alba Audace se unieron en 1927. Faltaba meter en el saco a la sociedad futbolística más señera de Roma, la SS Lazio, creada en 1900 como Società Podística Lazio por un oficial de los Bersaglieri, Luigi Bigiarelli, fascinado por el renacimiento del olimpismo. De ahí que eligiera para la Lazio (que no se llamó Roma porque ya existía un club polideportivo con el nombre Ginnástica Roma) los colores blanco y celeste de la bandera griega, y como símbolo el águila imperial romana. Ni Foschi ni el mismo Mussolini lograron incluir a la Lazio en el «superclub romano» porque el presidente de los *laziali* era Giorgio Vaccaro, un general de la Milicia fascista que mandaba demasiado como para aceptar presiones. La Lazio se mantuvo independiente.

Para la Roma fueron elegidos el rojo y el amarillo ocre, colores del escudo de la ciudad, heredados de las legiones romanas. La fusión produjo un curioso efecto sociológico, que aún persiste: el centro de Roma y sus barrios más populares quedaron bajo el dominio de la AS Roma, mientras los suburbios acomodados y el resto de la región Lazio permanecieron mayoritariamente fieles a los colores blanco y celeste.

El invento mussoliniano tuvo un éxito bastante relativo. La Roma, y con ella el sur, ganó al fin una Liga en 1942. Ese, sin embargo, fue justamente el año de la batalla de Stalingrado, las derrotas nazis en el norte de África y el inicio del declive del fascismo en Italia.

Ni Roma ni Lazio alcanzaron nuevos triunfos en las décadas siguientes. Cuando llegaron, los estadios se habían convertido ya en escenarios del furor político posterior a 1968: los «años de plomo», caracterizados por el terrorismo neofascista y de extrema izquierda y por las algaradas callejeras, tiñeron el fútbol de violencia. Los efectos de la mezcla entre extremismo y grupos *ultrà* son todavía hoy perceptibles.

Lo máximo en ese sentido fue el «grupo salvaje» que la Lazio formó en 1973. Guy Chiappaventi, periodista y *tifoso* lazial, publicó en 2004 un libro titulado *Balones y pistolas*, la historia de aquel equipo de «locos, salvajes y sentimentales, simpatizantes fascistas, pistoleros y paracaidistas, jugadores de azar y bailarines de club nocturno; un equipo dividido en dos clanes, con dos vestuarios; quien entraba en la habitación que no le correspondía corría el riesgo de encontrarse con la amenaza de una botella rota bajo el cuello».

Giorgio Long John Chinaglia, delantero centro y orgulloso portador de un pistolón magnum del calibre 44, hoy procesado por amenazas, estafa, relaciones con las mafias búlgaras y otros delitos similares, era el jefe de un clan. Gigi Martini,

lateral izquierdo, aficionado a disparar contra las farolas desde el hotel en que se concentraba el grupo y hoy diputado neofascista, mandaba sobre el otro clan. Ambas facciones sólo se veían de cerca sobre el césped. El resto del tiempo permanecían separadas para evitar que la *cosa, acabara* en tiroteo.

Aquel «grupo salvaje» ganó la Liga, la primera en la historia de la Lazio. La victoria coincidió con la formación de los Commandos Monteverde Lazio, pioneros en el género de los grupos *ultrà* verdaderamente potentes y de ideología fascista. En 1987, los Commandos se integraron en una nueva fuerza, los *Irriducibili*, entre cuyos fundadores figuraba un joven futbolista recién llegado al club, Paolo di Canio, con el cuerpo atiborrado de tatuajes fascistas. Un fiscal afirmó una vez que los *Irriducibili* eran «el grupo más fascista, racista, homófobo y antisemita» de entre todos los que poblaban los estadios italianos. Y todo comenzó con el «grupo salvaje» de 1974, que empezó a disolverse en 1977 de la forma más esperable: con un disparo y un muerto.

Luciano Re Cecconi, un interior finísimo conocido como «El ángel rubio», que, dicen, era el único del equipo que no llevaba habitualmente pistola y el único lo bastante neutral como para poder relacionarse con los dos clanes enfrentados, entró en una joyería y gastó una de las bromitas habituales del «grupo salvaje»: se puso la mano en el bolsillo y gritó «esto es un atraco». El joyero sacó una pistola y lo mató de un tiro. Re Cecconi murió allí mismo, susurrando «sólo era una broma, sólo era una broma». En su entierro, por una vez, los clanes de Chinaglia y de Martini se unieron de forma pacífica.

Por entonces, la grada rival, la romanista, estaba dominada por extremistas de izquierdas. La segunda victoria de la Roma en la Liga, en 1984, aún fue saludada con banderas rojas. Curiosamente, el Commando *Ultrà Curva Sud* recibió en 1986 un premio al *fair play*.

Nunca más hubo motivos para premios de ese tipo. En la década siguiente, los *ultrà* de la Roma, encabezados por *Curva Sud*, tendieron a la violencia y se aproximaron progresivamente al fascismo y la ultraderecha, como casi todo el resto de los *ultrà* italianos, con excepciones como la del Livorno, en cuyo estadio siguen enarbolándose hoces, martillos y fotos del Che Guevara. Cualquier cosa que huelga a antisistema es buena para los *ultrà*.

El fenómeno *ultrà* no es espontáneo. Más bien lo contrario. La preparación de coreografías y cánticos, la confección de pancartas, el espionaje de lo que prepara el rival y la coordinación de actividades extrafutbolísticas (por llamar de alguna forma a las batallas campales contra la policía) requieren un mando, una estructura jerárquica y una financiación abundante. Los clubes italianos han sido tradicionalmente generosos con sus aficionados violentos: han pagado trenes especiales, han guardado material bélico de los *ultrà* en sus propios locales y han permitido que gente como los *Irreducibili* o los *Curva Sud* vendieran productos del club en el mismo estadio.

Lo del espionaje mutuo es curioso. En 2001, la Roma fue campeona. Los Curva Sud prepararon para el derbi una pancarta colosal destinada a homenajear a cada uno de sus jugadores. Cuando la Roma, encabezada por el gran Francesco Totti, saltó al césped, en la curva sur del Olímpico se desplegó la pancarta: «Mira a lo alto, sólo el cielo es más grande que tú». Inmediatamente, en la curva norte *laziale* apareció otra pancarta de tamaño comparable: «Tenéis razón, el cielo es azul y celeste».

Donde hay espionaje y negocios hay también colusión. Los *ultrà* pueden romperse la cabeza unos a otros en cada derbi, pero sus jefes se conocen y se coordinan. Eso se hizo evidente en el derbi disputado, o casi, el 21 de marzo de 2004. Los propietarios de Roma y Lazio, presionados por la Federación y por sus propios apuros económicos, se habían puesto de acuerdo para prohibir los puestos comerciales de los *ultrà* en el Estadio Olímpico y para, poco a poco, estrangular financieramente a los violentos. Los *ultrà* aceptaron el reto. Apenas iniciado ese derbi de 2004 empezaron a circular rumores por la grada, de forma verbal o a través de sms, acerca de las cargas que estaba protagonizando la policía antidisturbios en el exterior del estadio. Al poco, los rumores contenían una noticia: la policía había matado a un niño. En el descanso, la grada empezó a arder literalmente: fogatas, bengalas, peleas. Decenas de miles de gargantas gritaban «asesinos, asesinos». Resultó inútil que el jefe de la policía, Maurizio Improta, se desgañitara anunciando por los altavoces que fuera había tranquilidad y que no había muerto nadie. En los estadios, la policía carece de crédito.

Cuando los jugadores volvieron al césped para el segundo tiempo, un «comité de aficionados» bajó al campo para pedirles que interrumpieran el partido. Y aceptaron. ¿Cómo jugar con el cadáver de un niño a pocos metros? A los futbolistas también les había dicho la policía que los rumores eran falsos, pero la elección era clara: entre un jefe de policía y 60.000 tipos furiosos que gritan «asesinos, asesinos», no hay color. Se acabó el partido.

No tardó en saberse que los jefes *ultrà* de ambos clubes habían organizado el montaje para demostrar su fuerza. Las directivas se envainaron sus planes y permitieron que los *ultrà* siguieran vendiendo bufandas y camisetas en el Olímpico y cobrando clandestinamente del presupuesto de los clubes unos cuantos años más. Hasta 2007, cuando una nueva oleada de violencia y la muerte de un policía en Catania hizo que el Gobierno impusiera normas estrictas en los estadios.

Ahora, el ambiente está mucho más tranquilo. Pero para vivir en persona la emoción de un derbi romano sigue siendo aconsejable llevar en el bolsillo un buen pañuelo. Por lo de las lágrimas.

Hay un edificio que resume el desparpajo con que, a lo largo de los siglos, ha ido construyéndose y deconstruyéndose Roma. Es el Teatro de Marcello, proyectado por Julio César y terminado hacia el año 7 por Augusto. Fue teatro en la época imperial y fortaleza de sucesivas familias aristocráticas en la Edad Media. Ahora puede calificarse de edificio residencial, aunque no ha dejado de ser lo otro: digamos que se trata de un anfiteatro de mármol sobre el que se alzaron unas murallas, sobre las que a su vez se construyeron pisos donde vive gente. Como ejemplo de arquitectura híbrida no creo que tenga rival en el mundo.

Está entre la colina del Capitolio y el Tíber, junto a una de las pocas zonas apacibles del centro de Roma: el antiguo gueto judío. Roma fue el primer destino de la diáspora judía. De hecho, cuando empezaron a llegar judíos en el siglo II, ni siquiera existía diáspora, porque Judea no era aún provincia del imperio y el Segundo Templo seguía en pie: los pioneros del judaísmo en la Urbe fueron embajadores y comerciantes que se establecieron en el barrio de los extranjeros, el Trastevere.

Cuando las legiones de Tito derribaron el Templo de Jerusalén y expulsaron a la mayoría de los habitantes de la ciudad, para reconvertirla en una colonia romana llamada Aelia Capitolina, miles de judíos emigraron a Roma. La presencia hebrea se hizo estable en los siglos siguientes, y se incremento de forma sustancial después de que los Reyes Católicos expulsaran a los judíos de España.

En 1555, el papa Pablo IV, que fue el más siniestro de los inquisidores y al que los romanos odiaron tanto que decapitaron su estatua, publicó una bula infame titulada «*Cum nimis absurdum*», «Puesto que es exageradamente absurdo». Comenzaba así: «Puesto que es exageradamente absurdo e indecoroso que los judíos, condenados por su propia culpa a la esclavitud eterna, puedan, con la excusa de que les protege el amor cristiano y se tolera su cohabitación entre cristianos, mostrar tal ingratitud hacia éstos y pagarles con injurias la misericordia recibida, y aspirar a dominarles en lugar de servirles como deben; Nos, habiendo sabido que en nuestra alma Urbe y en otras ciudades y territorios sometidos a la Sacra Romana Iglesia, la insolencia de estos judíos ha llegado al punto que se permiten no sólo vivir entre cristianos, sino incluso cerca de las iglesias...». Con la bula, Pablo IV ordenó que todos los judíos de Roma fueran encerrados en un gueto como acababa de hacerse en Venecia. Asimismo, les prohibió practicar el comercio, con excepción de la venta de ropa vieja, y les impuso una marca amarilla en el vestuario.

El gueto fue establecido junto al río, en una zona baja y malsana donde la malaria era endémica. Al igual que en otros guetos europeos de creación posterior, la falta de trabajo y el hacinamiento condujeron a una miseria que duró siglos. El antisemitismo

de los papas, que oficialmente calificaron a los judíos de «deicidas» hasta 1963, condujo a una relativa reacción contraria de la población: de entre las grandes ciudades europeas con una presencia judía significativa, Roma fue y es la menos antisemita. Los romanos cocinaban sin reparos recetas judías (las alcachofas aplanadas y fritas, o la sopa de pescado que en el gueto se elaboraba con las cabezas y espinas despreciadas por los cristianos) y, en su mayoría, mantenían con la población hebrea una relación relativamente normal.

Como prueba de lo mal que sentaba a los romanos la «cárcel» del gueto, en cuanto se proclamó la efímera República romana de 1849 fueron derribados los muros del barrio y se permitió a los judíos que vivieran donde quisieran. Caída la República, el papa Pío IX les obligó volver al gueto. En 1870, con la unificación de Italia bajo la monarquía piemontesa y la desaparición de los Estados Pontificios, los judíos de Roma fueron reconocidos como ciudadanos con plenos derechos.

El gueto estaba por entonces en estado ruinoso y constituía un foco de enfermedades. Para sanarlo fue casi totalmente derribado, pero los nuevos edificios construidos en la zona volvieron a ser ocupados por judíos: su vínculo sentimental con esas calles era muy potente. El gueto, en cualquier caso, dejó de serlo. Hasta el 16 de octubre de 1943, el día en que soldados nazis rodearon el barrio y sacaron por la fuerza a sus habitantes. Más de mil judíos, entre ellos doscientos niños, fueron enviados al campo de exterminio de Auschwitz. Sólo sobrevivieron diecisiete.

El gueto es ahora, como decía, una zona tranquila y apacible. Un lugar umbrío y altamente adecuado para el paseo veraniego. En su extremo norte, en la Piazza Mattei, se encuentra la Fuente de las Tortugas, terminada en 1588. Como otras fuentes famosas (pienso en la de Piccadilly Circus, en Londres), tenía que haber sido otra cosa. Para empezar, tenía que haber lucido unos delfines encima, pero cuando los pusieron se comprobó que la presión del agua resultaba insuficiente y de la boca de los delfines sólo brotaban escupitajos intermitentes. Como resultado, las esculturas de los cetáceos fueron desmontadas e instaladas en otra fuente, primero en Piazza Navona y luego, hasta hoy, delante de la Chiesa Nuova, o Iglesia Nueva, de Corso Vittorio. Otro problema: el agua del acueducto que alimentaba la fuente era demasiado calcárea y arruinaba la fuente, que ahora consta de una minidepuradora. La chapuza definitiva radica en las mismas tortugas: desde que alguien robó una de ellas en 1979, son copias.

Hay pocos paseos tan placenteros como una caminata nocturna por el antiguo gueto romano. Todo el centro de Roma, en especial las zonas más cercanas al río, con las matas silvestres que crecen junto a los muros, la iluminación tenue, la suave atmósfera de pueblo pequeño y adormecido, está hecho para la nocturnidad. Vale la pena salir a caminar de madrugada, cuando la Fontana di Trevi o la armoniosa Piazza Farnese esperan en soledad y los gatos se hacen dueños de las calles.

Ya he dicho que mi gata Enough murió en Roma. Para mitigar la pérdida y para que su compañera Sarriá tuviera compañía, buscamos otro gato con una cola tan vistosa como la de Enough. Por extraños caminos llegamos a casa de Carmen de Andrade, una empleada de Radio Vaticano que criaba gatos noruegos e incorporamos un gato rubio y enorme llamado Bounty. Pero a las pocas semanas Sarriá, que salía a pasear por los tejados de Palazzo Massimo, resbaló y se cayó. Tardamos en encontrarla. Varios vecinos, incluyendo la *principessa* del palacio, se unieron a la operación de búsqueda: Roma, a veces, funciona de una forma muy cordial; en especial si se trata de asuntos gatunos. Sarriá apareció en el patio interior de un restaurante argentino, bastante malherida. La veterinaria consideró que probablemente moriría por hemorragias internas. No recuerdo bien cómo, decidimos encargar a Carmen otro gato noruego. Fue una gata registrada con el nombre de Evita Perón, un nombre que nunca nos atrevimos a utilizar; Lola la llama Maggie y yo la llamo Scimmietta. Al final, Sarriá sobrevivió. Perdió algunos dientes y le cambió la voz, pero sobrevivió. Es decir, la plantilla de gatos ascendió a tres unidades.

Cuando nos fuimos de Roma, las autoridades competentes nos advirtieron de que era imprescindible conseguir un pasaporte para cada gato. Hubo que ir a una remota oficina con los gatos y pagar 17 euros por cada documento, sin el cual, se nos insistió, no podrían hacer el viaje de vuelta a Barcelona. Evidentemente, nunca nadie en ningún aeropuerto nos pidió pasaportes gatunos. Bastaba con los certificados de vacunación. La cuestión de los pasaportes me pareció, sin embargo, una elegante manera de combinar la filigrana burocrática con la virguería recaudatoria; un ejemplo, en fin, de la administración romana.

Mis veranos saben a conclusión, a cambio. No sé por qué. ¿Por el recuerdo de los cursos escolares? ¿Porque los corresponsales solemos cambiar de puesto aprovechando los sopores del calor? Ni idea. El último verano romano, en cualquier caso, tuvo un intenso sabor a final.

Poco antes, Ángel Amezketa se había puesto enfermo y tuvo que permanecer internado durante semanas en el hospital de San Giovanni, una de esas instituciones viejas y tronadas, siempre a la espera de ser renovadas o demolidas, que perviven en la sanidad romana. Eso cambió algunas de mis rutinas personales. Por no hablar de las de Ángel, que, sin embargo, supera los problemas de salud airosamente, como el dandi vasco-romano que es.

De forma inconsciente al principio, ese verano recuperé algunos de los hábitos del principio, cuando descubría la ciudad. Como el de buscar el frescor y el silencio de las iglesias. O el de refugiarme en mi escondite del Castel Sant'Angelo. No se trataba de ningún escondite, pero a mí me funcionaba como si lo fuera.

El lugar, que empezó a construirse en la época imperial como mausoleo de Adriano, no puede dissociarse de la basílica de San Pedro y del Palacio Episcopal, con los que está unido a través del *passetto*. Cuando ejércitos hostiles entraban en Roma, el papa-rey utilizaba el *passetto* (que, hasta donde yo sé, sigue sin poder visitarse; hace años, antes de imaginar siquiera que iba a ser corresponsal en la ciudad, tuve oportunidad de recorrerlo, sucio y abandonado) para alcanzar la seguridad del castillo. El *passetto*, un pasillo elevado y cubierto de casi un kilómetro, viene a constituir la espina dorsal secreta del territorio vaticano. En cuanto al castillo, ahora parece achaparrado, bajito y fácilmente conquistable. Eso, sin embargo, es el efecto de las sucesivas elevaciones de los muros que encierran al Tíber para reducir el riesgo de inundaciones. En sus tiempos, el Castel Sant'Angelo, cuyos muros llegan a tener ocho metros de espesor, era un señor castillo, nunca expugnado.

A primera hora de la mañana, justo cuando se abría el castillo y antes de que los turistas lo invadieran, subía a la cafetería de la última planta, por debajo de la estatua del ángel que, según la leyenda papal, anunció el fin de una de las epidemias de peste, y tomaba un café mirando la ciudad. La visión del río, de los tejados, de las cúpulas, del infame engendro blanco de Piazza Venezia, de las colinas arcillosas con sus pinos y de la luz romana, entre rosada y rojiza, me provocaban una nostalgia inefable. Hay otros lugares que ofrecen un panorama aéreo de la Urbe: el Gianicolo, el Palatino, el Quirinale. Yo prefiero el panorama desde las almenas de Sant'Angelo.

Flotaba sobre ese verano una nubecilla en forma de adiós. No porque mi marcha de Roma tuviera ya fecha; me he largado de unas cuantas ciudades y eso tiende a

estimularme. Me gustan las novedades y soy casi inmune a la nostalgia. Tal vez fuera porque suponía que se habían acabado para siempre mis tumbos como corresponsal. Tal vez fuera, en un sentido más genérico, porque intuía que el mismo empleo de los corresponsales empezaba a ser considerado un lujo superfluo en una industria, la periodística, que se encaminaba hacia una crisis económica y existencial.

No crean que la vida de un corresponsal es como la pinto yo en estas historias. Eso es solamente una parte. La otra está hecha de inseguridades, de aprendizajes más o menos arduos, de cambios intempestivos, de urgencias, de renunciaciones, de distancias. Un corresponsal es un tipo que se despierta por las mañanas con una náusea en el estómago y la convicción de que su despido es inminente. Un corresponsal es un tipo que chapotea perennemente, con el agua al cuello, en un mar desconocido.

En fin. Ya he recordado en alguna parte aquello que dijo Sciascia: Italia es un país sin verdad. Y aquello de que, en Italia, lo hermoso es bueno y lo feo es malo. Los romanos, como casi todos los italianos (evitemos la generalización completa porque siempre hay excepciones), carecen de facilidad para la abstracción: ¿para qué la necesitan, rodeados de tanta belleza? Su sentido estético, en cambio, es agudísimo. Eso les pierde a veces.

Iñigo Domínguez me llamó una mañana para proponerme una excursión a Piazza Venezia, el corazón de las tinieblas circulatorias en una ciudad de tráfico abrumador. ¿Conocen a Iñigo Domínguez? Es un periodista espléndido y, al menos hasta la fecha, escribe en la edición digital de *El Correo* uno de los blogs más originales y divertidos que conozco. Explica Italia ayudándose con fragmentos de cine italiano. Extraordinario, de verdad.

Si existe un epicentro del caos automovilístico, está en Piazza Venezia. En el flanco oeste para ser más exactos (el flanco en el que se alza el balconcito de Palazzo Venezia que utilizaba Mussolini para echar discursos a las masas), donde el tráfico que llega de Via Nazionale y Via del Corso confluye con el de la propia plaza (abierta a dieciséis calles) y con centenares de peatones. Ni siquiera hay semáforo, resultaría inútil. Lo que hay, sobre una peana, es un guardia urbano con su casco blanco, sus entorchados y su pito.

Alberto Sordi protagonizó en 1960 una película, *Il vigile*, en la que encarnaba a un urbano novato al que destinaban a ese lugar crítico. El pobre *vigile* Sordi intentaba ser justo e incorruptible, lo que en Roma suele conducir al fracaso.

Esa tarde, me contó Iñigo, se jubilaba Mario Buffone, un popular guardia urbano que llevaba muchos años en la peana de Piazza Venezia. Y allí nos fuimos, para que Buffone nos contara su historia. El hombre había de tener carácter: no podía ser fácil imponer la autoridad municipal en un punto tan conflictivo y con un apellido que significa «payaso».

Buffone fue esa tarde el centro de la atención local. Pasó por su peana hasta el

alcalde, Walter Veltroni. El guardia, intensamente bronceado, con el uniforme impecable y una discreta insignia de la Roma en la solapa, sonriente y a la vez emocionado, exhibía un aire de donjuán elegante, a lo Vittorio de Sica. Entre silbido y silbido, protegido por la complicidad de los conductores que le saludaban y, por una vez, parecían no llevar prisa, nos explicó que llevaba treinta y dos años viviendo entre el caos de la plaza. «El caos no me importa», dijo. Bien, no dijo «no me importa», sino «*me ne frego*», una expresión que eleva la indiferencia a una categoría casi mística.

Habló de los políticos, futbolistas, actores y otros personajes famosos a los que había ordenado parar o incluso multado; habló de que su hijo quería seguir sus pasos en la Guardia Urbana y de que en Roma nunca cambia nada; habló del colapso espantoso que se formó el día de 1978 en que el cadáver de Aldo Moro apareció a pocos pasos de allí; habló del día en que se detuvo ante la peana el coche del papa y él y Juan Pablo II se cruzaron «una mirada de complicidad». Habló de muchas cosas. Su historia era interesante.

Pero, ay, a él no debió parecerle lo bastante interesante. Buffone no logró resistirse y empezó a contar cómo le enseñó a Alberto Sordi los movimientos necesarios para dirigir correctamente el tráfico: «Albé, le decía yo, ponte así, no, no, no hagas eso, más firme, mirada al frente, y Albé acabó haciéndolo muy bien».

En 1960, cuando Sordi rodó *Il vigile*, Mario Buffone tenía doce años. Esas lecciones no podían haber existido.

De vuelta a casa, un vistazo a la hemeroteca digital reveló un relato algo más verosímil. El 25 de febrero de 2003, el día en que murió el gran Albertone Sordi, con Roma en duelo y centenares de miles de personas encaminándose a la capilla ardiente, un periodista de *Il Messaggero* se acercó a la peana de Piazza Venezia para recabar la opinión de Buffone, *il vigile*. Buffone, con lágrimas en los ojos, comentó que había conocido a Sordi sólo tres años antes. El actor se había detenido para saludarle y, desde entonces, no había dejado de dedicarle una frase cada vez que circulaba en coche por la plaza, camino de Piazza del Popolo para su café ritual. «*Mario, me fai passá?*», gritaba Sordi con la ventanilla abierta. Y Mario le hacía pasar.

Qué más da. A Mario, su historia le parecía más bonita con las lecciones a Sordi. El *Corriere della Sera* era de la misma opinión. Su información sobre la jubilación de Mario Buffone llevó este título: «*Saluto in piazza al vigile di Alberto Sordi*». Al fin y al cabo, ¿qué es la verdad? No los hechos, sino la verdad. ¿Qué es? Un concepto relativo, como la libertad o la felicidad. Una cosa, la verdad, sin la cual Roma lleva muchos siglos viviendo bastante bien. Por decirlo a la manera romana, *in bellezza*.

Jerusalén, a 5 de marzo de 2010



ENRIC GONZÁLEZ, nacido en Barcelona en 1959, es periodista y ha trabajado como corresponsal de *El País* en Londres, París, Nueva York, Washington, Roma y actualmente en Jerusalén. Ha sido galardonado con el Premio Cirilo Rodríguez, que reconoce la mejor labor de los corresponsales españoles. En su faceta de escritor ha publicado los libros *Historias de Londres* (1999), *Historias de Nueva York* (2006), *Historias del Calcio* (2008) e *Historias de Roma* (2010), todos ellos recibidos con entusiasmo por los lectores y la crítica. En estas obras, con un estilo personal e inconfundible, plantea retratos heterogéneos, dinámicos y siempre muy estimulantes de las ciudades que ha ido conociendo como corresponsal, fusionando sus propias vivencias personales con la historia del pasado y la crónica del presente, con pinceladas políticas, sociales, artísticas y cotidianas.